

La Tragedia de España

Rudolf Rocker

1937

Índice general

1. El papel del capital extranjero	3
2. El papel de Alemania e Italia	6
3. La situación de España antes de la revuelta	9
4. El papel de Inglaterra y Francia	12
5. Bajo el látigo de las potencias extranjeras	16
6. El papel de Rusia	19
7. La gran transformación de Rusia y sus consecuencias	23
8. La actitud del Partido Comunista en España	26
9. La U.G.T. comunista en Cataluña	29
10. La labor socialista constructiva de la C.N.T. y la F.A.I.	32
11. La campaña de mentiras de Moscú contra la C.N.T.	37
12. La lucha contra el P.O.U.M.	40
13. El terrorismo mafioso ruso y sus métodos chekistas	44
14. Los fines a los que sirve la dictadura	48
15. El avance de la contrarrevolución	50
16. El preludio de los acontecimientos de mayo en Cataluña	54
17. Los sucesos de mayo en Cataluña	59
18. Antes de los acontecimientos venideros	64

1. El papel del capital extranjero

El 19 de julio fue el aniversario del día en que una banda de aventureros militaristas se levantó contra el régimen republicano en España y, con la ayuda de potencias externas y tropas extranjeras, sumió al país en una guerra sangrienta. Esta guerra asesina ha devorado hasta ahora casi un millón de vidas humanas, entre ellas miles de mujeres y niños, y ha transformado amplias extensiones del país en desiertos. La profunda tragedia de este sangriento drama reside en el hecho de que no se trata de una guerra civil ordinaria, sino de una lucha, además, entre dos grupos de poder extranjeros diferentes que se está librando hoy en suelo español. Dos bandos imperialistas hostiles se disputan los recursos naturales de un país extranjero y la ventaja estratégica de sus costas. La prosecución de esta guerra tiene, además, una influencia inconfundible en la lucha del pueblo español por la libertad, y esta influencia se manifiesta hoy cada vez más claramente en la guerra intestina entre las fuerzas revolucionarias y contrarrevolucionarias del país.

No se puede comprender en absoluto la significación de estos hechos si no se tiene suficientemente en cuenta la poderosa influencia del capital extranjero que está invertido en España. Aquí está la clave de la actitud de Inglaterra y Francia y de su llamada «política de neutralidad», y al mismo tiempo la explicación del ambiguo papel que el gobierno de la Rusia soviética ha jugado desde el principio y sigue jugando en la sangrienta tragedia del pueblo español.

Un punto de importancia decisiva reside en la relación entre la agricultura española y las industrias del país. En lo que respecta a la propiedad de la tierra, el suelo del país estaba antes de la revolución casi exclusivamente en manos de propietarios españoles, aunque las condiciones en secciones individuales del país eran muy diferentes. En muchas provincias, especialmente en el norte, los pequeños propietarios constituyen la abrumadora mayoría de la población; en otras, en el Levante, por ejemplo, y en Cataluña, el suelo es trabajado por pequeños arrendatarios que no tienen derechos de propiedad sobre él; mientras que en Andalucía y Estramadura todo el campo pertenece a unos pocos grandes propietarios, que lo explotan con mano de obra contratada. En la industria, sin embargo, prevalece una condición muy diferente. Mientras que el comercio al por menor y las pequeñas industrias se encuentran principalmente en manos de españoles, las grandes industrias y

las empresas comerciales más importantes del país están casi sin excepción controladas por el capital extranjero, siendo el capital inglés el más representado.

El capital inglés está muy interesado en las ricas minas de hierro de los alrededores de Bilbao, incluso cuando las minas están nominalmente en posesión de propietarios españoles. El riquísimo distrito minero de Orconera está casi completamente bajo el control de los capitalistas ingleses; lo mismo ocurre en otras numerosas regiones del hierro, especialmente en las fundiciones de Desirto. La mayor parte de las instalaciones portuarias de Bilbao son propiedad de capitalistas ingleses; lo mismo ocurre con los ferrocarriles que llevan los minerales a la costa.

Las líneas de barcos inglesas completan la conexión entre Inglaterra y los campos de hierro vascos. El hierro español juega un papel tremendo en el actual programa de rearme de Inglaterra. Y es un hecho que desde el estallido de la revuelta fascista hasta la caída de Bilbao la exportación de hierro desde allí fue a Inglaterra exclusivamente.

Otro factor importante en la minería española es la compañía inglesa Río Tinto, que explota las minas de cobre más ricas de España, en la provincia de Huelva. La sede de esta compañía, que cuenta con un capital de 3.750.000 libras, está en Londres. Su presidente es Sir Auckland C. Geddes. La empresa se fundó en 1873, y su concesión del gobierno español no tiene límite de tiempo. Ha emitido 450.000 acciones ordinarias y 350.000 preferentes, que representan en total un millón y un tercio de libras esterlinas. La compañía Río Tinto posee también ricas minas de azufre y hierro. De las 540.000 toneladas de cobre que España produce por término medio cada año, la mayor parte procede del yacimiento de Huelva. En agosto de 1936, este distrito cayó en posesión de los rebeldes; pero la Junta de Burgos se apresuró a asegurar a la Compañía de Río Tinto, mediante un decreto especial, que sus derechos no serían infringidos y que el cobre que el ejército fascista necesitara para fines militares sería pagado al precio medio del mercado.

Entre los propietarios de la Compañía de Río Tinto se encuentra la Casa Rothschild, que está interesada, además, en otras numerosas grandes empresas industriales en España, por ejemplo, en varias líneas ferroviarias, de las cuales la más importante es la línea Madrid-Zaragoza. Pero la familia Rothschild está muy especialmente interesada en las ricas minas de azogue de Almadén, en la provincia de Ciudad Real, con las que no hay nada compara-

ble en todo el mundo. España es conocida como el mayor productor mundial de azogue, mientras que Italia ocupa el segundo lugar, y Estados Unidos, el tercero. En 1934, España produjo 1.160 toneladas de esta materia preciosa; Estados Unidos sólo 532 toneladas. El azogue es uno de los requisitos más indispensables para la guerra.

Se comprende, pues, que las potencias extranjeras se interesen tanto por España.

El capital inglés está también muy interesado en la industria española del aluminio y en toda una serie de empresas industriales en la construcción de ferrocarriles y maquinaria en España. La conocida firma Vickers-Amstrong está muy interesada en la «Sociedad Española de Construcción Naval», en la «International Paint Company» y en la industria bélica española. Con estos hechos ante sus ojos uno entiende por qué la prensa de la ciudad de Londres ha mostrado desde el principio una abierta simpatía por la sangrienta empresa de la camarilla militar española.

Otro factor poderoso en la vida industrial española es la «Société Minière et Métallurgique de Peñarroya» (Compañía Minera y Metalúrgica de Peñarroya), que tiene su sede en París y cuenta con un capital de 309.375.000 francos. Esta empresa se fundó en 1881 y su concesión del gobierno español se extiende hasta el año 2003. El presidente de la empresa es Charles Emile Heurteau, conocido como uno de los principales hombres del grupo capitalista Mirabaud y estrechamente relacionado con la industria bélica francesa. Sus directivos son Frédéric Ledoux, interesado en una larga serie de empresas industriales españolas, y el Dr. Aufschlager, uno de los representantes más conocidos de la industria armamentística alemana.

En el consejo de administración de esta organización se encuentran varias grandes figuras financieras europeas muy conocidas: Pierre Mirabaud, antiguo director del Banco de Francia, el barón Robert Rothschild, Charles Cahen, cuñado del barón Antony de Rothschild, Humbert de Wendel, director del «Banque de l'Union Parisienne» y de la compañía internacional del Canal de Suez, el italiano, conde Errico San Martino di Valperga, y los dos españoles, el conde Ramonones y el marqués Villamejor, que figuran entre los hombres más ricos de España.

La compañía tiene el monopolio de la explotación de numerosas minas y de las industrias relacionadas con ellas y está especialmente interesada en la industria española del plomo. Su nombre adquirió mala fama durante la Gue-

rra Mundial, cuando se conoció, a través de una interpelación en la Cámara Francesa, que todo el plomo producido en Peñarroya estaba reservado para el gobierno alemán, aunque los representantes más destacados de la empresa eran buenos patriotas franceses. Pero los negocios son los negocios.

Este es sólo un breve extracto de una larga lista de los intereses del capital extranjero en España. Hay muchos más. Así, es de conocimiento general que la central telefónica de Madrid está en manos de una empresa norteamericana, mientras que el sistema telefónico de Barcelona está bajo el control de accionistas británicos. Pero sería demasiado largo agotar este importante tema. Sólo nos interesa mostrar que es necesario valorar adecuadamente la poderosa influencia del capital extranjero invertido en España, si se quiere tener una idea clara de los recientes acontecimientos en ese infeliz país.

Es evidente que los representantes del gran capital extranjero deben estar muy interesados en la evolución política de la situación española. Y aquí se encuentra la respuesta a la pregunta: ¿Quién ha estado proporcionando a los generales amotinados, que no disponían de recursos propios, los medios financieros necesarios para mantener su sangriento crimen contra su propio pueblo? El señor Juan March, el hombre más rico de España, aunque esté en estrecho contacto con el capital extranjero, no habría podido hacerlo solo. Todos los que estaban informados en absoluto sobre las condiciones internas de España sabían desde el primer momento de dónde procedía el dinero. No era ningún secreto que los gestores extranjeros del capital invertido en España tenían todo el interés en apoyar la conspiración de los generales para sofocar el movimiento obrero revolucionario del país, que se extendía cada vez con más vigor, y que podía poner en peligro sus monopolios españoles. Por supuesto, a estos hombres que gobernaban en España no les importaba. Les interesaba exclusivamente la seguridad de sus capitales invertidos y estaban dispuestos a apoyar a cualquier gobierno que ofreciera las garantías necesarias para sus fines.

2. El papel de Alemania e Italia

Si los actuales acontecimientos en España se hubieran manifestado antes de la Guerra Mundial, el gobierno inglés no habría dudado ni un instante en ayudar abiertamente a la sangrienta labor de los generales sublevados para

proteger el capital inglés en España, como había hecho a menudo en casos similares. Pero la Guerra Mundial, con sus inevitables consecuencias políticas y económicas, había creado una nueva situación en Europa, que se había intensificado enormemente con la victoria del fascismo en Italia y Alemania. La victoria del fascismo no sólo había traído consigo en esos países un poderoso establecimiento militar; también había sido la señal para el renacimiento de las viejas ambiciones imperialistas, cuyos partidarios buscaban constantemente nuevas fuentes de ayuda que les permitieran extender su nuevo sistema dentro y fuera y superar con éxito cualquier oposición de Inglaterra y Francia. Y estas nuevas fuerzas eran incalculables, ya que no les importaban ni las fórmulas prescritas de la vieja diplomacia ni los tratados solemnes, y no rehusaban ningún medio que prometiera el resultado que deseaban.

Era natural que las enormes riquezas de España en hierro, cobre, zinc, azogue, magnesio y otros minerales valiosos despertaran poderosamente la avaricia de los Estados fascistas. No era ningún secreto que Inglaterra no estaba todavía suficientemente preparada para una nueva guerra, y que Francia difícilmente podría emprenderla sin su apoyo militar, por lo que Hitler y Mussolini jugaron sus altas bazas en un esfuerzo por extraer el mayor beneficio posible de la situación.

Es de conocimiento general que no sólo Italia y Alemania estaban informadas en todos los detalles del planeado levantamiento fascista en España, sino que lo fomentaron por todos los medios a su alcance, con el fin de crear constantemente mayores dificultades a Inglaterra y Francia.

El general Sanjurjo, el alma de la conspiración fascista, que al principio fue víctima de su propia conducta traicionera, justo antes de los sucesos de España, había visitado tanto a Hitler como a Mussolini, y estaba claro que las conversaciones en Berlín y en Roma no habían sido sobre un proyectado picnic.

Si no hubiera sido por el fascismo alemán e italiano, la rebelión de los generales españoles no habría causado ningún dolor de cabeza al gobierno inglés. Una dictadura militar y un eventual retorno a la monarquía habrían sido incluso bienvenidos por los astutos políticos del Támesis después de haberse demostrado que el débil régimen republicano de España, aquejado, como estaba, de constantes convulsiones, no sería capaz de proporcionar permanentemente la necesaria seguridad política para los intereses del capital

británico. En Londres estaban acostumbrados desde hacía tiempo a creer que no era posible ningún cambio digno de mención en la política interior de España y Portugal sin llamar al gobierno inglés al consejo. Ambos países habían perdido hacía tiempo su independencia política y económica y ya no desempeñaban ningún papel en la política de las grandes potencias europeas. Por lo tanto, sin duda habrían puesto a disposición de Franco los medios necesarios para poner de rodillas al pueblo español y, en general, para imponerle la ley, con el fin de proporcionar las garantías necesarias a los intereses británicos.

Pero hoy las cosas son diferentes. Detrás de Franco están las exigencias políticas de Hitler y Mussolini, que insisten en sus derechos sobre los recursos minerales de España y sobre los puntos estratégicos para el dominio del Mediterráneo. Pues, para dolorosa sorpresa de los diplomáticos británicos, Mussolini ha declarado abiertamente que el Mediterráneo es un mar italiano. En Inglaterra no olvidan fácilmente una cosa así. En estas circunstancias, una victoria de Franco no sólo supondría una grave amenaza para el monopolio británico en España, sino que incluso, dadas las condiciones adecuadas, podría convertirse en un grave peligro para el imperio mundial británico.

Saben muy bien en Londres que la afirmación que se hace una y otra vez con creciente énfasis de que Franco ha prometido a Mussolini las Islas Baleares y está dispuesto a entregar ciertos puntos estratégicos del Marruecos español a Alemania e Italia en compensación por la ayuda recibida, no es un simple rumor. Y también saben muy bien en Inglaterra quién es el que está utilizando toda su habilidad para atizar las tendencias antibritánicas del nacionalismo árabe en Egipto y Palestina para crear más problemas a Inglaterra en Oriente Próximo.

Y que Franco y sus compañeros conspiradores están mucho más cerca de Alemania e Italia que de Inglaterra y Francia es también un asunto sobre el que no se hacen ilusiones en Londres. La camarilla militar española planeó su revuelta en connivencia con Hitler y Mussolini y la ha llevado a cabo con su ayuda. Además, eran intelectual y emocionalmente mucho más aliados de las dos potencias fascistas por su parentesco intrínseco con sus propósitos reaccionarios y con la brutal barbarie de sus métodos. Respaldado por Italia y Alemania, Franco podía dirigir sus triunfos contra Inglaterra y Francia y, al mismo tiempo, permitirse el uso de un lenguaje que nunca antes se había oído en España dirigido a una gran potencia europea.

El gobierno inglés no podía, por tanto, confundir ni por un instante la gravedad de la situación. Si en Londres hubieran tenido la certeza de que la derrota de Franco conduciría simplemente al establecimiento firme de la república burguesa, con toda probabilidad habrían adoptado una actitud diferente desde el principio. En ese caso, con su excesiva disposición a ceder, no habrían hecho que Hitler y Mussolini fueran cada vez más desvergonzados en sus pretensiones y los habrían alentado en un curso en el que, para un gobierno dictatorial, no hay vuelta atrás, porque su prestigio está ligado al éxito personal del dictador.

Pero la revuelta fascista en España supuso la liberación de las fuerzas social-revolucionarias del pueblo, que habían estado embotelladas durante muchos años y que ahora estallaban de repente, y antes de tiempo. España estaba madura para la revolución. Sin embargo, la corrupción interna del viejo régimen monárquico, que había sido inaccesible a la razón y que se resistía a la más mínima reforma, había implicado que la revolución debía adquirir hoy un carácter mucho más amplio y profundamente social.

3. La situación de España antes de la revuelta

La república había desgastado en pocos años su prestigio ante el pueblo. La eterna irresolución de los políticos del partido republicano, su temor a cualquier paso decisivo, que llevó a una recombinação cada vez mayor de los viejos elementos reaccionarios del país, la persecución sistemática del movimiento obrero, que se dirigió con especial brutalidad contra la C.N.T. (Confederación Nacional del Trabajo – los sindicatos anarcosindicalistas), ocho o nueve mil de cuyos miembros fueron introducidos de vez en cuando en las cárceles de la república, los sangrientos incidentes de Pasajes, Jerica, Burriana, Epila, Arnedo y Casas Viejas, y particularmente y sobre todo la sangrienta represión de la sublevación de Asturias en octubre de 1934, por parte de las tropas africanas, con sus horribles acompañamientos, todo ello había contribuido en la más rica medida a disgustar al pueblo español con la república, que no era para él más que una nueva fachada, tras la cual se escondían los mismos viejos poderes de la oscuridad.

Y, de hecho, los elementos clericales y monárquicos levantaban sus cabezas cada vez más amenazante y buscaban con obstinada persistencia reunir sus fuerzas dispersas y recuperar su posición perdida.

Cuando, tras la caída del ministerio de Samper, en octubre de 1934, tres miembros de la «Acción Popular Católica», fundada por el fascista Gil Robles, fueron incluidos en el nuevo gabinete de Lerroux, todo el mundo supo en qué dirección se iba a ir, y ya no se podía pensar en una solución parlamentaria de la crisis política y social. La sublevación de Asturias fue el resultado inmediato de la situación, y su cruel supresión, con su desprecio absoluto de todo principio de humanidad, no hizo más que echar aceite a las llamas, y abrir un abismo entre el gobierno y el pueblo que nunca más podría ser salvado.

Era inevitable que la reacción abierta no pudiera alcanzar la victoria sin encontrar la resistencia desesperada de aquellas grandes masas populares que encontraban su punto de partida revolucionario en la C.N.T. y en la F.A.I. (Federación Anarquista Ibérica). Lo que había sido posible en Alemania era impensable en España. La garantía de ello se encontraba en el carácter revolucionario y libertario del movimiento obrero y campesino español, que se había mantenido hasta entonces mediante años de lucha obstinada contra todas las reacciones. De hecho, pocos meses después de los sucesos de Asturias, se extendió por España una nueva ola revolucionaria, que también puso su sello en las elecciones de febrero de 1936.

La victoria del llamado Frente Popular no fue en ningún sentido un voto de confianza popular en la república, sino simplemente una proclamación de las grandes masas de que no estaban dispuestas a abandonar el campo a la reacción sin resistencia y a permitirle instaurar de nuevo la monarquía. Que las elecciones no podían aportar ninguna solución efectiva a la situación y que el conflicto entre la revolución y la contrarrevolución tendría que llevarse a cabo fuera del parlamento, estaba claro para todos los que podían ver. Y muy pronto quedó claro también que el nuevo gobierno del Frente Popular no era competente para hacer frente a la situación, y rápidamente se vio enfrentado a problemas que no podía ni quería resolver. Que las fuerzas de la reacción no tenían intención de permitir que una derrota electoral pusiera fin a la cuestión, sino que estaban plenamente decididas a tomar una decisión real por la vía armada, se puso de manifiesto muy poco después de la constitución del nuevo parlamento. El franco llamamiento del diputado

monárquico, Calvo Sotelo, a los jefes del ejército para que derrocaran la república fue el primer movimiento en el que los acontecimientos venideros proyectaron su sombra ante ellos.

Hoy se sabe que el presidente Azaña estaba informado de las intenciones de los generales; pero el gabinete no movió un dedo para conjurar el peligro que amenazaba. Al igual que la indecisión absolutamente criminal del gobierno republicano había sido la responsable de la sublevación militar de Sanjurjo en 1932, también esta vez el llamado gobierno del Frente Popular permitió que los bandoleros militaristas tejieran planes traicioneros en paz, sin dar un solo paso para oponerse a ellos. Cuando las primeras noticias de la sublevación en Marruecos llegaron a España, el gobierno estaba a punto de entregar el ministerio de la guerra al general Mola. Pero entonces era demasiado tarde; Mola ya estaba dirigiendo sus tropas sobre Madrid para dar el golpe de gracia a la república.

Todo esto era bien conocido en España. La prensa antifascista, y especialmente los diarios de la C.N.T., habían alzado muchas veces su voz para advertir del peligro que se avecinaba; pero el gobierno del Frente Popular, con impúdica frivolidad, echó por tierra todas las precauciones.

Entonces, después de que estallara la revuelta fascista y fuera sofocada en Barcelona en pocos días por la heroica resistencia de la C.N.T. y de la F.A.I., librando así a Cataluña del enemigo y haciendo fracasar el bien urdido plan de vencer a España mediante una sorpresa estratégica bien dirigida, es fácil comprender que los obreros de Cataluña no podían detenerse a mitad de camino, si no querían en la siguiente oportunidad verse de nuevo expuestos al mismo peligro. Y así se produjo la colectivización de la tierra y la toma de posesión de las plantas industriales por los sindicatos obreros; y este movimiento, desencadenado por la iniciativa de la C.N.T. y de la F.A.I., se extendió con fuerza irresistible a Aragón, a Levante y a otras partes del país. La revuelta de los fascistas había puesto a España en camino de una revolución social.

Este giro de los acontecimientos llenó a los gestores del capital extranjero invertido en España de una profunda ansiedad por el futuro de sus monopolios. Si la revuelta de los generales contra su propio pueblo hubiera sido un asunto puramente español, el gobierno inglés no habría dudado en proteger los intereses del capital británico en España.

La entrega de todo un pueblo al verdugo no habría causado a los diplomáticos ingleses ningún grave remordimiento de conciencia, siempre y cuando se pudiera lograr el propósito deseado.

4. El papel de Inglaterra y Francia

La política de Hitler y Mussolini había puesto al gobierno conservador de Inglaterra en una posición difícil. La derrota completa de Franco abriría perspectivas insospechadas al nuevo curso del desarrollo en España y daría un poderoso impulso a la obra de reconstrucción social ya iniciada.

Sin embargo, una victoria decisiva de Franco debe, según todas las presunciones razonables, resultar aún más desastrosa y reforzar enormemente la posición política de Italia y Alemania en Europa. Por un lado, podría ser aún más peligroso para los monopolios ingleses en España que una revolución social, que tal vez, dadas las circunstancias, se vería obligada a hacer ciertas concesiones al capital extranjero para evitar un choque violento con las potencias extranjeras. Por otra parte, no podía sino acarrear para Inglaterra y Francia consecuencias políticas de alcance imprevisible. En su discurso del 27 de junio en Wurtzburg, Hitler había declarado expresamente que Alemania tenía el mayor interés en la victoria de Franco, ya que necesitaba urgentemente el mineral español para la realización de su plan cuatrienal. En el informe oficial este pasaje del discurso de Hitler fue, es cierto, muy suavizado, para borrar la mala impresión en Inglaterra; pero allí sabían de todos modos a qué se jugaba. El excitado debate sobre la situación española en la Cámara Baja inglesa lo demostró muy claramente. En 1935, Alemania había extraído de España vastos suministros de mineral de hierro y cobre; pero los preparativos militares en Inglaterra redujeron considerablemente el suministro de esta fuente.

Pero Italia está, si cabe, aún más interesada en los recursos naturales de España que Alemania. Su producción de hierro y acero asciende actualmente a un millón de toneladas al año, mientras que se necesitan tres millones de toneladas anuales para sus necesidades reales, y la deficiencia tiene que ser suplida desde el extranjero. España, sin embargo, produce cada año siete millones de toneladas de hierro. En estas circunstancias, es fácil comprender que a Mussolini se le haga la boca agua por los ricos yacimientos de hierro

de las provincias vascas. Pero en la actual lucha de las grandes potencias europeas por España no sólo están en juego los tesoros de su suelo y sus minas, sino mucho más.

Una victoria decisiva de Franco arrojaría a España completamente en brazos de Italia y Alemania y daría a las políticas de poder de Mussolini y Hitler un punto de apoyo que pondría a Inglaterra y Francia en el mayor peligro. El dominio de las costas españolas por una flota combinada alemana e italiana, con instalaciones portuarias adecuadas para las fuerzas aéreas de ambos países, cortaría a Francia.

fuerzas aéreas de ambos países, cortaría a Francia de sus colonias y pondría en gran peligro el transporte de las tropas coloniales francesas desde el norte de África en caso de guerra, si no lo hacía totalmente imposible. Esto es aparte del hecho de que un vecino fascista más allá de los Pirineos haría la defensa de la frontera francesa mucho más difícil.

Para Inglaterra, además, la posición estratégica de Gibraltar habría perdido en tal caso su valor. Y también se pondría un límite a la dominación inglesa del Mediterráneo, y la hegemonía inglesa en Oriente Próximo se vería privada de su base estratégica. Egipto, Palestina, Irak e incluso la India se verían directamente amenazados, y el complemento de la propaganda nacionalista en esos países con una propaganda italiana bien elaborada haría el resto. No van a olvidar el discurso de Mussolini a los libios, en el que se hizo pasar por el protector del Islam y del movimiento por la unidad árabe, tan rápidamente en Inglaterra.

Y en esta situación se encuentra la explicación de toda la actitud de Inglaterra en la cuestión española. Determinó la llamada «política de neutralidad» de los diplomáticos ingleses y franceses, que parece ininteligible sólo para quienes piensan que la actual lucha entre dos grupos de poder diferentes en Europa se refiere sólo a problemas abstractos como la democracia y el fascismo. Para quien sea lo suficientemente ingenuo como para juzgar la cosa desde ese punto de vista, la aparente ceguera de los estadistas ingleses y franceses debe causar, por supuesto, un fuerte dolor de cabeza; pero no habrá entendido en absoluto el meollo de la cuestión.

Los eslóganes políticos como el fascismo y la democracia desempeñarán quizás un papel en la guerra que se avecina, del mismo modo que el eslogan «guerra de la democracia contra el militarismo prusiano» sirvió de algo en la Guerra Mundial. El hecho de que el zarismo ruso estuviera entonces del

lado de la «democracia militante» podría haber parecido, sin duda, bastante sospechoso incluso para los crédulos, si en aquella gran época de hipocresía los propios pensamientos hubieran podido desempeñar todavía algún papel.

No, los potentados conservadores del Támesis no son ni ciegos ni lentos de entendimiento. ¿Quién dice que lo son, se engaña a sí mismo y a los demás, y demuestra con ello sólo que él mismo es ciego a los hechos tal como son? Esos hombres saben muy bien lo que hacen. Pueden calcular mal y ser tomados por sorpresa por los acontecimientos, que en última instancia son más fuertes que su fina red diplomática; porque el arriesgado juego de los dictadores es tan incalculable como la revolución, que tiene su propia lógica. Pero realmente no están ciegos.

La táctica de la diplomacia inglesa ha consistido siempre en enfrentar a una potencia con las demás para mantener la hegemonía de Inglaterra en el continente. Estas tácticas estaban determinadas por la posición de poder mundial del Imperio Británico. Inglaterra podía mantener su dominio sobre sus colonias, dispersas por todos los continentes, sólo mientras pudiera garantizarles protección contra los ataques extranjeros. Pero esto sólo es posible mientras el prestigio inglés en Europa permanezca intacto. En el momento en que Inglaterra pierda su influencia política en Europa, ya no habrá certeza de la cohesión interna de su imperio mundial.

Mientras el mar proporcionaba fortificaciones naturales a la madre patria y la costa inglesa podía ser protegida contra cualquier ataque desde el exterior por una fuerte flota, era relativamente fácil para los titulares del poder inglés mantener su posición dominante en Europa. Y además, la tremenda superioridad económica del Imperio Británico ponía en manos de sus estadistas el instrumento necesario para ejercer una influencia efectiva en la política de los estados continentales y evitar una fuerte coalición antibritánica en el continente. Napoleón lo había experimentado a su pesar. Pero gracias a la conquista del aire y al tremendo desarrollo de la técnica bélica moderna, el antiguo estatus se ha alterado por completo y una invasión del Imperio Insular Británico está totalmente dentro del ámbito de lo posible, siempre que una fuerte alianza de las grandes potencias de Europa se combine para el propósito.

Por esta razón, Inglaterra depende hoy más que nunca de fuertes alianzas para hacer frente a este peligro. En este sentido, los timoneles del Estado inglés no se preocupan en absoluto por la elección de los aliados, siempre

que sirvan a su propósito. Esta es la razón por la que toda la política exterior inglesa desde la Guerra Mundial, desde Sir John Simon hasta Anthony Eden, ha sido un simple sabotaje de la llamada «Liga de Naciones» que le ha dejado las manos libres para las alianzas que le ofrecerían la mayor ventaja en cualquier circunstancia.

Los diplomáticos ingleses persiguieron estas mismas tácticas en relación con la cuestión española desde el principio, después de haber hecho que Francia y Prusia se mostraran complacientes con su propósito. Por un lado, no dejaron de intentar hacer imposible una victoria de la revolución social en España; por otro lado, permitieron al gobierno de Valencia el apoyo suficiente para evitar una rápida victoria de Franco, que justo en ese momento podría ser de gran ventaja para Italia y Alemania. A Inglaterra y a Francia les interesa que la guerra asesina siga su curso hasta que, en el momento adecuado, pueda terminar por un compromiso que no dé a ninguna de las partes la posibilidad de dictar los términos de la paz que desean imponer a los españoles desde fuera.

Cuanto más dure la guerra, más difícil será para Hitler y Mussolini continuar con su apoyo a Franco, más completamente se agotarán los recursos materiales de Alemania e Italia con el tiempo y las dos potencias se debilitarán para una guerra mundial. Es bien sabido que el desarrollo económico de Alemania e Italia durante los dos últimos años ha adquirido un carácter que los conduce a una velocidad cada vez mayor hacia la catástrofe. Pero Franco depende totalmente de la ayuda de los dos estados fascistas mientras se niegue a acceder a las condiciones secretas ofrecidas por Inglaterra y Francia. Hoy exige a sus aliados 125.000 hombres más, quinientas aviones, cincuenta baterías de artillería, con un número correspondiente de tanques, para poder abrir una nueva ofensiva contra Madrid, y al mismo tiempo en el frente de Teruel. La lucha por Bilbao le costó 20.000 hombres y el veinte por ciento de sus suministros de guerra.

Aunque Alemania e Italia decidan prestarle esta nueva ayuda, eso no alterará la situación general. Inglaterra y Francia tomarán entonces el gobierno de Valencia bajo su brazo para restablecer el equilibrio perturbado. La ofensiva leal que se instituyó en el frente de Madrid y en el sur inmediatamente después de la caída de Bilbao es la mejor prueba de ello.

5. Bajo el látigo de las potencias extranjeras

En esta partida de ajedrez en España los diplomáticos ingleses han hecho todo lo posible para alejar el peligro de una guerra europea, que justo en este momento no puede ser deseable para Inglaterra. Han soportado con calma todo el descaro de Hitler y Mussolini, cosa que debe parecer incomprensible para muchos; pero nunca han perdido de vista su objetivo. Estaban dispuestos a comprar la paz «casi a cualquier precio», como lo expresó el ministro de Asuntos Exteriores inglés, Eden; pero también tenían muy claro en sus mentes hasta dónde llegarían en este peligroso juego. El discurso de Chamberlain ante sus electores en Birmingham, el 3 de julio, y el de Eden en Coughlan, el mismo día, eliminaron la última duda al respecto.

Ambos discursos se dirigieron a los discursos de Hitler y Mussolini y no dejaron nada que desear en cuanto a claridad. Eden declaró que Inglaterra no tenía ningún tipo de interés en la forma de gobierno de España; pero enseguida añadió:

«Eso no significa, sin embargo, que no nos interese si se ponen en cuestión los intereses británicos dentro de las fronteras terrestres o marítimas de España y en las líneas de comunicación comercial a lo largo de la costa española.»

El ministro de Asuntos Exteriores británico no dejó, por tanto, ninguna duda de que Inglaterra no está dispuesta a conceder a ninguna potencia europea una posición dominante en el Mediterráneo, ya que esto pondría necesariamente en peligro la hegemonía británica en Oriente Próximo, ni de que su gobierno está decidido, en caso de necesidad, a recurrir a la guerra como último recurso para proteger los intereses de vital importancia del imperio mundial británico.

No es ningún secreto que Inglaterra no ha dejado hasta ahora ningún medio sin probar y ha ejercido el más fuerte tipo de presión sobre el gobierno español para lograr un entendimiento con Franco en el momento oportuno. Sólo así se podría inducir a Franco a retirarse de la influencia de Italia y Alemania y aceptar las condiciones de paz propuestas por Inglaterra y Francia. Para ello, la diplomacia anglo-francesa mantuvo contactos con ambos bandos, y los agentes extranjeros pulularon por España para crear el sentimiento necesario para un acuerdo. Cuando la caída de Madrid parecía inevitable,

incluso se pusieron en contacto con el general Miaja para intentar ganarle para una dictadura militar, para la que a los diplomáticos de fuera les parecía la persona adecuada. Miaja rechazó la propuesta por razones que él mismo conoce.

Todas estas maniobras no permanecieron ocultas a los revolucionarios españoles. La prensa diaria de la C.N.T. y otros órganos del frente antifascista publicaban casi cada semana una nueva exposición de la actividad clandestina de los diplomáticos extranjeros y sus secuaces en España. Y los grandes diarios burgueses del extranjero se esforzaron en hacer que un entendimiento con el fascismo pareciera plausible a los elementos vacilantes de España. Así, el gran periódico conservador «Le Temps» de París escribió muy significativamente durante la reciente crisis del gobierno de Valencia:

«No es en absoluto descartable que ciertos elementos del frente antifascista presten atención a los consejos conciliadores de allende los Pirineos. La caída de Madrid y los disturbios políticos resultantes no podrían sino favorecer la formación de un gobierno de coalición de republicanos de izquierda y socialistas del tipo de Prieto. Un gobierno así sería más receptivo a la propuesta de un entendimiento recíproco y serviría mejor a la España republicana que una guerra sin solución.»

La destitución del gabinete de Caballero y el relevo del gobierno por el gabinete burgués-comunista de Negrín, que se produjo justo después, demuestra lo extremadamente bien informados que estaban los redactores de «Le Temps». Sin duda, los hombres de Estado de Londres y París creían que había llegado su hora y que el gobierno de Negrín les proporcionaría la base para llevar a cabo sus planes. Se sabe que Inglaterra había recurrido al gobierno vasco para entablar negociaciones con Franco. Se pensaba que por este medio sería posible evitar la caída de Bilbao, donde los intereses económicos inmediatos de Inglaterra estaban más seriamente amenazados. Si estas negociaciones no condujeron a ningún resultado fue porque Hitler y Mussolini también estaban intensamente interesados en la posesión de los campos de hierro vascos, ya que en ellos tendrían en sus manos una fuerte carta contra Inglaterra. El hecho de que las tropas italianas y los aviadores alemanes desempeñaran el papel decisivo en la batalla sobre Bilbao demuestra la importancia que tenía para Alemania e Italia la conquista de esa ciudad. No fue

Franco, sino el general alemán Faubel quien capturó Bilbao. En contra de los deseos de Francia e Inglaterra, el final de la guerra se aplazó una vez más indefinidamente.

El objetivo de los estadistas anglo-franceses era y es poner fin a la guerra en la primera oportunidad favorable, y a través de un entendimiento entre los círculos conservadores lealistas y Franco forzar en España una forma de gobierno que respete los antiguos privilegios de Inglaterra y sea lo suficientemente fuerte como para proteger al capital extranjero contra los ataques de los «extremistas». Los extremistas, sin embargo, son en este caso las grandes masas de los obreros y campesinos españoles y, sobre todo, de la C.N.T.-F.A.I., que había proclamado la consigna de que la guerra sólo podría llevarse a término victoriosamente si se hacía con espíritu de revolución social y traía al pueblo una transformación completa de las condiciones sociales en que vive. Este peligro era el que causaba mayor ansiedad al gobierno conservador de Inglaterra y que, en los esfuerzos de socialización de los obreros y campesinos, había tomado una forma tangible. Eliminar este peligro era y es su tarea más importante. Qué medios para este fin tienen en vista los torios ingleses expuso Winston Churchill sin disimulo en sus propuestas para la solución de la cuestión española, cuando habló de la necesidad de una «dictadura neutral» de cinco años para «tranquilizar» al país. Más tarde podrían «buscar tal vez un renacimiento de las instituciones parlamentarias».

Los obreros y campesinos españoles saben por experiencia cómo sería esa «tranquilización». La espantosa supresión de la revuelta en Asturias en octubre de 1934 y las horribles masacres perpetradas por los incendiarios fascistas en Sevilla, Zaragoza, Badajoz, Málaga y muchos otros lugares, de las que fueron víctimas decenas de miles de hombres, mujeres y niños, hablan un lenguaje demasiado claro para ser olvidado. En España saben lo que significa «dictadura neutral».

Todo el horror del tan alabado orden capitalista reside precisamente en esto: Sin piedad y desprovisto de toda humanidad pasa por encima de los cadáveres de pueblos enteros para salvaguardar el brutal derecho de explotación, y sacrifica el bienestar de millones de personas a los intereses egoístas de minorías minúsculas. España es hoy víctima de potencias extranjeras imperialistas que dirimen sus diferencias sobre las espaldas del pueblo español y, sin un ápice de consideración moral, hunden en la ruina a todo un país, en el que, en derecho y conciencia, no tienen nada que buscar. Sin la inje-

rencia de las potencias extranjeras la revuelta de los bandoleros fascistas se habría deshecho en pocas semanas, ya que contaba con la enorme mayoría del pueblo español en contra.

Los tiranos extranjeros como Hitler y Mussolini, que han transformado sus propios países en páramos de barbarie intelectual y cementerios de libertad, proporcionaron a los verdugos fascistas de España los medios para forzar la guerra en el país y estrangular a su propio pueblo. Pero las «grandes democracias» de Europa han atado las manos del pueblo español y han expuesto a millones de seres humanos a todos los horrores del asesinato en masa, para que, en la hora elegida, puedan convertir al avance de sus propios propósitos los resultados de una resistencia cuyo heroísmo no tiene parangón en la historia. Y el gobierno de Stalin presta un servicio de esbirro voluntario a estos objetivos de las potencias imperialistas y se convierte en el defensor de la contrarrevolución contra las grandes masas de obreros y campesinos españoles.

Esta es la tercera vez que las potencias extranjeras interfieren con la mano armada en la lucha del pueblo español por sus derechos humanos y apoyan la causa de la contrarrevolución contra la liberación del pueblo.

En 1823 la invasión de un ejército francés aplastó el liberalismo español y llevó a Riego a la horca, entregando el país a la maldita tiranía de uno de los déspotas más sangrientos que ha mancillado un trono. En 1874, buques de guerra ingleses y prusianos ayudaron al general Pavía a estrangular la primera república española. Hoy en día el mismo drama se está representando a mayor escala.

6. El papel de Rusia

Que Inglaterra y Francia hayan tomado tal actitud con respecto a la guerra española no es una sorpresa para cualquiera que tenga en cuenta las causas más profundas de los asuntos sociales. Ambos son grandes estados capitalistas cuya política interior y exterior está determinada por principios que sólo tienen en cuenta los privilegios económicos y las consideraciones de poder político. Esa es, de hecho, la maldición del sistema social actual, cuya lógica inevitable opera de manera más desastrosa con cada nueva etapa de su desarrollo. La casta de los políticos del poder nunca se ha dejado guiar

por principios éticos. Suponer que sus representantes son hoy más sensibles a los dictados de la justicia social y a las aspiraciones humanamente valiosas sería un imperdonable autoengaño.

De mayor importancia es la actitud del gobierno ruso hacia la cuestión española. Tampoco es que nos hiciéramos la menor ilusión por este lado.

Habíamos previsto los resultados inevitables de la dictadura bolchevique desde sus primeros comienzos, y los acontecimientos posteriores en Rusia han confirmado nuestras concepciones en todos los aspectos. La llamada «dictadura del proletariado», en la que las almas ingenuas deseaban ver un paso transitorio, pero inevitable, hacia el socialismo real, se ha convertido, bajo la dominación de Stalin, en un despotismo espantoso que no va en nada por detrás de la tiranía de los estados fascistas, es más, los supera en muchos aspectos: un despotismo que suprime toda expresión libre de opinión con una brutalidad sangrienta y que trata la vida y el destino de los seres humanos como si fueran objetos inanimados. Desgraciadamente, sólo una pequeña minoría tuvo desde el principio una estimación correcta de lo que ocurría en Rusia; mientras que aún hoy hay en todos los países todavía cientos de miles de personas que están completamente ciegas a la realidad rusa. No estamos hablando ahora de los escribas extranjeros contratados por el gobierno ruso, que con rostros descarados y sin escrúpulos de conciencia defienden incluso los crímenes más repugnantes de los autócratas rusos y, a la orden, exaltan hasta los cielos hoy lo que ayer mismo estaban pisoteando en el barro. No, pensamos en esos miles de seres humanos honestos, pero desgraciadamente totalmente ciegos, que con un fanatismo sin parangón trabajan por un objetivo que significaría el brutal exterminio de toda libertad y de toda dignidad humana. La reacción de hoy no sólo se expresa en los sistemas de poder político cuyos símbolos vivos son tiranos de la talla de Hitler, Mussolini o Stalin. Su fuerza real está en esa fe ciega de las grandes masas que justifica cualquier atrocidad con tal de que sea perpetrada por un bando particular, y condena temerariamente todo lo que se opone a esta despreciable violación de la personalidad humana. Es la dictadura de la sinrazón, que no reconoce ni respeta la opinión de nadie, y que se deja arrastrar por las acciones más viles, porque está totalmente desprovista de responsabilidad personal. Este fanatismo ciego, que encuentra en cualquier juicio crítico un pecado contra la infalibilidad del dictador, es también la razón por la que esas masas son totalmente incapaces de percibir la gran transformación política que se está

produciendo en Rusia desde la muerte de Lenin, de modo que abogan con el mismo celo fanático por cosas que hace sólo unos años eran denunciadas por los autócratas rusos como «contrarrevolución» y «traición al proletariado».

No es nuestro propósito aquí enfrentar a Lenin con Stalin, como hacen hoy tantos que han roto con Moscú y se han refugiado en una u otra de las numerosas oposiciones comunistas. Lenin, Trotzky y todos los demás que han caído víctimas del régimen de Stalin no fueron más que unos rompedores de caminos para él. Prepararon los cimientos sobre los que más tarde se levantaría el llamado «estalinismo». Quien considera la libertad como un «prejuicio burgués», quien defiende la hipocresía, el engaño y la astucia como instrumentos de guerra permisibles, como lo hizo abiertamente Lenin, destruye así todos los lazos éticos entre el hombre y el hombre, aniquila la confianza del camarada en el camarada, y no debe asombrarse cuando la semilla que ha sembrado da el fruto que da. La gran transformación que Stalin llevó a cabo paso a paso sólo fue el resultado lógico del trabajo de sus predecesores. Hoy este cambio no se manifiesta sólo en Rusia; pone su sello en todas las tácticas de los partidos comunistas en el extranjero, que nunca han sido más que instrumentos de la política exterior rusa. Esto se revela hoy con una claridad impresionante en la actitud del gobierno de Stalin en la cuestión española.

Durante los tres primeros meses de la sublevación fascista, la prensa rusa apenas se preocupó de los acontecimientos en España. Stalin tenía las manos ocupadas poniendo a sus antiguos amigos contra la pared y llevando sistemáticamente a su conclusión la liquidación del viejo Partido Comunista en Rusia. Si realmente se hubiera preocupado de acudir en ayuda del pueblo español en su desesperada lucha contra las hordas franquistas, habría tenido la mejor oportunidad de hacerlo en los primeros meses de la guerra antifascista, pues justo entonces las masas combatientes se encontraban casi sin armas ante un enemigo armado hasta los dientes, al que el fascismo alemán e italiano proporcionaba toda la ayuda posible. Irún y San Sebastián cayeron sólo porque sus defensores carecían del equipo militar con el que continuar su heroica resistencia. Si Franco no pudo entonces invadir España como esperaba, no había que agradecerse a Rusia, sino principalmente a la heroica resistencia de la C.N.T. y de la F.A.I., que desalojó al enemigo de Cataluña, y con ello salvó a España, hecho que en su momento fue reconocido sin reservas por todo el mundo, y que incluso la prensa franquista no negó.

La primera intervención de Rusia en los asuntos de España fue la firma del llamado pacto de neutralidad, que tenía como único origen los intereses imperialistas de Inglaterra y Francia. La importancia moral de este pacto radicaba al principio en el hecho de que ponía al gobierno del Frente Popular surgido de las elecciones de febrero de 1936 en pie de igualdad con los generales amotinados que habían cometido alta traición contra la república y pretendían derrocarla por la fuerza, cosa que, por ejemplo, no hizo el gobierno republicano de México. Cuando el Partido Comunista de Francia levantó al principio un poderoso clamor contra este pacto y acusó al gobierno francés de traicionar a la república española, León Blum sólo tuvo que llamar la atención sobre el hecho de que Rusia había sido la primera potencia en firmar el pacto y que, por tanto, la acusación de traición recaía sobre Stalin.

Rusia estaba unida a Francia por un acercamiento militar cuyo punto de mira era Alemania. Por lo tanto, Alemania no dejaba de intentar que se rompiera esta alianza, y para ello ejercía todo tipo de presión política sobre Francia. Rusia era muy consciente de este peligro y, por lo tanto, hacía todo lo posible para anular la política de Hitler, llegando incluso a erigirse en abogado de los intereses imperialistas de Inglaterra y Francia en España. No fueron los célebres «intereses de clase del proletariado», sino el interés nacional del Estado ruso lo que llevó a Stalin a adoptar esta actitud. Y Inglaterra y Francia estaban ahora en condiciones de enfrentar a Rusia con las ambiciones de Hitler y Mussolini mientras seguían hilando sus propios planes, planes que tenían por objeto impedir una victoria concluyente de Franco y, al mismo tiempo, bloquear la revolución social en España.

Los trabajadores comunistas de otros países, naturalmente, no estaban en condiciones de ver este astuto juego entre bastidores y estaban contentos porque Rusia enviaba de vez en cuando al gobierno leal suministros más o menos grandes de armas y provisiones. Naturalmente, no tenían ni idea de que esto, además, se hacía con la aprobación de Francia e Inglaterra, que respetaban las disposiciones del pacto de neutralidad tan poco como Hitler y Mussolini y aprobaban tácitamente la importación de armas a España sólo en la medida en que esto convenía a sus fines. Pero lo que la prensa comunista ocultó diligentemente a sus lectores fue el hecho de que el gobierno ruso nunca entregó un solo cartucho a los españoles que no se hubiera pagado caro y al contado con el oro del gobierno valenciano.

Pero Rusia no se contentó con enviar de vez en cuando un cargamento de armas a los leales españoles. Sus agentes secretos y, sobre todo, sus representantes oficiales en Madrid, Valencia y Barcelona trabajaron por todos los medios para fomentar la discordia en las filas del frente antifascista y ejercer presión sobre el gobierno español para inducirle a prestar un oído favorable a los susurros de la diplomacia anglofrancesa.

El gobierno de Stalin estaba aquí promoviendo deliberadamente las actividades secretas de las grandes potencias capitalistas y la causa de la contrarrevolución contra los esfuerzos de liberación de los trabajadores y campesinos españoles. Inglaterra y Francia no podrían haber pedido un agente mejor. Precisamente allí donde sus propios esfuerzos despertaban una justificada desconfianza, los agentes rusos podían actuar públicamente, pues nadie supondría que la supuesta «patria del proletariado» se prestaría a una traición tan ruin a la causa de un pueblo espléndido. Con toda justicia el diputado inglés McGovern declaró en el último congreso del Partido Laborista Independiente de Gran Bretaña:

«La clase obrera de España no sólo tuvo que enfrentarse a las fuerzas de Franco, Italia y Alemania, sino al apoyo más astutamente organizado de las clases dominantes británicas. Las grandes empresas londinenses están sólidamente alineadas detrás de Franco.

«Sin duda, Rusia había prestado una valiosa ayuda, pero nunca debió ir acompañada de ningún tipo de dominación política. Era una vergüenza que el acompañamiento de las armas hubiera sido el intento de dominación de todo el movimiento político en España».

7. La gran transformación de Rusia y sus consecuencias

En cuanto a la política interior y exterior, Rusia está hoy con los dos pies en el campo de la contrarrevolución. Stalin ha organizado su propio Thermidor para deshacerse de los últimos representantes del viejo bolchevismo que pudieran ser de algún modo peligrosos para sus planes. Pero estos planes

culminan en la renuncia a todos los antiguos principios políticos del viejo Partido Comunista de Rusia y en la creación de una especie de aristocracia soviética que se apoya en la nueva maquinaria burocrática, liberada de todos los viejos elementos, para hacer que las grandes masas de campesinos y de obreros industriales se sometan a su dominación. La llamada «constitución democrática», la mayor farsa que ha visto el mundo, sólo sirve para velar las verdaderas intenciones de los autócratas rusos y darles un aspecto diferente visto desde el exterior.

Este cambio en la naturaleza de la dictadura rusa debe tener también, por supuesto, su influencia en la actitud de los partidos comunistas en el extranjero. Que aquí se ha producido un giro radical a la derecha y que los partidos comunistas defienden hoy cosas a las que hace unos años se oponían violentamente, es algo que puede ver hasta el más ciego. Pero las razones más profundas de este cambio, que da una bofetada a todos los viejos principios del partido defendidos por Lenin y sus amigos, permanecen ocultas para la mayoría de la gente.

Cuando, en su día, Lenin presentó sus «veintiún puntos» para unir a los partidos comunistas de todo el mundo en una organización centralizada y férrea que obedecería ciegamente todas las órdenes de la Central de Moscú, tenía un propósito definido. Quería así dar al movimiento proletario de cada país una dirección fija y salvaguardarlo de cualquier coalición con los partidos burgueses o los llamados menchevistas.

Dondequiera que se produjera una situación revolucionaria en cualquier país, los obreros debían ponerse a trabajar inmediatamente para tomar el poder político por sí mismos y, mediante un sistema de soviets según el modelo ruso, proceder a la expropiación de la tierra y de las plantas industriales sin entrar en ningún compromiso con otras facciones. Además, Rusia debía prestar toda la ayuda moral y material posible a estos esfuerzos.

No es nuestra tarea aquí emitir un juicio crítico sobre lo digno o indigno de tales tácticas; sólo nos interesa establecer el hecho para mostrar que entre las tácticas actuales de Stalin y sus adherentes y los principios defendidos por Lenin no hay ningún punto de contacto, sino que difieren tanto como el fuego y el agua. Fueron principalmente estas tácticas de Lenin las que provocaron la ruptura completa con los grandes partidos socialistas en el extranjero, cuyos dirigentes Lenin combatió con uñas y dientes y puso en la picota públicamente como «traidores del proletariado». En Alemania, por ejemplo,

donde los socialdemócratas sostenían la teoría de que primero era necesario consolidar la república interna y externamente antes de que fuera posible proceder, mediante la reforma social, al establecimiento del socialismo, su táctica fue combatida por los comunistas por todos los medios posibles y con fanática amargura. Los partidarios de la socialdemocracia fueron tachados de «socialfascistas» y contrarrevolucionarios, y todos los comunistas corrientes de Alemania estaban firmemente convencidos de que, en comparación con el Partido Socialista, Hitler era el mal menor. La palabra «menchevismo» llegó a personificar todo tipo de traición contra la clase obrera. Desde el punto de vista comunista, el «menchevique» era el enemigo público número uno y debía ser combatido por todos los medios disponibles.

¿Y hoy? Todo lo que hace unos años era condenado al pozo sin fondo por la Internacional Comunista es ahora para Stalin y sus seguidores la cúspide de la sabiduría política. Stalin se ha convertido en el ejecutor de la voluntad del otrora odiado menchevismo y trata de superarlo en las concesiones al mundo burgués. Toda la idea del frente popular no es más que un repudio arrollador de los principios establecidos por Lenin y los viejos bolcheviques. Tal vez se podría objetar que, en cualquier caso, es un paso adelante si Stalin y sus seguidores en el extranjero se han convencido de la insostenibilidad de esos viejos principios y, por lo tanto, han emprendido nuevas líneas. Eso sería correcto, si junto con la nueva percepción se hubiera producido un cambio de disposición; si finalmente hubieran decidido respetar incluso las opiniones de los demás y dejar de jugar el papel de papas rojas. Pero es justo en este aspecto donde se ha producido el menor cambio.

Stalin, que hoy hace las más amplias concesiones al reformismo más superficial y a los defensores del Estado burgués, ha transformado a Rusia en un vasto matadero y persigue a sus enemigos reales o imaginarios de la izquierda con la despiadada obsesión de un déspota oriental. El mismo hombre que hoy apoya en España los intereses de sus aliados imperialistas y defiende la república burguesa contra las luchas de los obreros y campesinos españoles por la liberación social, hace que sus miserables escribas a sueldo en el extranjero difamen y arrastren por el fango a los heroicos luchadores de la C.N.T. y de la F.A.I., que llevan el peso de esa lucha, al igual que hace con sus adversarios políticos en Rusia. El mismo hombre que se erigió en abogado del llamado Frente Unido, destruye hoy con cínica deliberación el frente

antifascista en España para, en interés de los capitalistas extranjeros, atacar la revolución española por la retaguardia.

8. La actitud del Partido Comunista en España

Durante los tres primeros meses de la gran lucha por la libertad, cuando Rusia no se preocupaba en absoluto por España, la revolución social siguió su curso con una furia elemental y se extendió desde Cataluña a todas las demás secciones del país que no estaban en posesión del enemigo. Los campesinos se hicieron dueños de la tierra, y los obreros de la ciudad, de las industrias, y ellos mismos emprendieron la socialización de la producción sin esperar los decretos de los partidos políticos. Se pusieron a trabajar con una devoción innata y un doloroso sentido de la responsabilidad para construir una nueva España y acabar, de una vez por todas, con el sangriento peligro del fascismo. Mientras el elemento capaz de luchar se apresuraba a ir al frente, los obreros y campesinos que quedaban atrás intentaban establecer un nuevo orden social y así allanar el camino al socialismo. Este estado de cosas cambió, si no de golpe, pero sí rápidamente, cuando Rusia apareció en escena y envió a sus representantes oficiales a Madrid y Barcelona para que iniciaran sus excavaciones subterráneas en interés de Inglaterra y Francia. Dado que España estaba impedida desde el principio, por el famoso pacto de neutralidad, de cualquier importación considerable de armas del extranjero y, en consecuencia, tenía que valerse de cualquier pequeña ayuda que pudiera encontrar, los agentes rusos tuvieron un trabajo relativamente fácil para imponer sus condiciones al gobierno de Madrid y Valencia. Esto fue más fácil para ellos porque los republicanos burgueses y el ala derecha del Partido Socialista no estaban muy bien dispuestos a los esfuerzos de los obreros y campesinos por la socialización de todos modos, y los habían soportado sólo porque no podían evitarlo.

Los comunistas, sin embargo, bajo las órdenes de Moscú, se alinearon de inmediato con la derecha. Ellos, que antes nunca habían podido hablar con suficiente desprecio de la C.N.T. y de los anarquistas debido a sus tendencias «pequeñoburguesas», se convirtieron de repente en defensores no sólo de la pequeña burguesía, sino de la gran burguesía española, contra las demandas de los trabajadores. Inmediatamente después de los sucesos de julio de 1936,

el Partido Comunista había proclamado la consigna: ¡Por la República Democrática! ¡Contra el socialismo! Ya el 8 de agosto del año pasado el diputado comunista Hernández había atacado violentamente a la C.N.T. en Madrid por la toma de las plantas industriales por parte de los sindicatos obreros, y al respecto había declarado que después de vencer a Franco pronto harían entrar en razón a los anarquistas».

Pero estaban diciendo a los trabajadores comunistas del extranjero que sus compañeros en España no participaban en la socialización de la tierra por los trabajadores simplemente porque tenían que ganar la guerra antes de pensar en la realización del socialismo. En realidad, el Partido Comunista en España sólo cumple las órdenes de Moscú y, bajo esas órdenes, ha pospuesto la realización del socialismo a una fecha indeterminada porque, sencillamente, no concuerda con los planes imperialistas de los aliados de Stalin. A quien todavía tenga dudas sobre esto, se le abrirán los ojos por completo con las siguientes palabras de Santiago Carillo, uno de los miembros más destacados del Comité Central del Partido Comunista de España:

«Hoy luchamos por la república democrática, y no nos avergonzamos de ello. Luchamos contra el fascismo, contra los intrusos extranjeros, pero no luchamos hoy por una revolución socialista. Hay gente que nos dice que debemos salir por una revolución social y hay quienes proclaman que nuestra lucha por la república democrática es sólo un pretexto para ocultar nuestros verdaderos propósitos. No, no estamos llevando a cabo ninguna maniobra táctica, ni tenemos ningún tipo de intenciones ocultas contra el gobierno español y la democracia mundial.

Luchamos con total sinceridad por la república democrática, porque en estos momentos no estamos haciendo ningún esfuerzo por la revolución social, y esto seguirá siendo así durante mucho tiempo después de la victoria sobre el fascismo. Cualquier otra actitud no sólo favorecería la victoria de los intrusos fascistas, sino que incluso contribuiría al trasplante del fascismo en los restantes Estados democrático-burgueses. Pues los fascistas han declarado que en ningún caso tolerarán una dictadura del proletariado en nuestro país.»

Los mismos que hoy se dedican con tan sospechoso celo a salvaguardar el mundo democrático-burgués contra el fascismo y que no encuentran suficientes palabras hipócritas con las que asegurar a la llamada democracia mundial la honestidad de sus intenciones, no les importó un bledo cuando sus métodos hundieron a Hungría, Alemania y otros países en la ruina y allanaron el camino al fascismo en ellos. Si hoy siguen otro camino en España es porque los intereses nacionales del Estado ruso están hoy estrechamente ligados a las ambiciones imperialistas de Inglaterra y Francia. Para mantener esta alianza los detentadores del poder en Rusia se prestan a la más despreciable traición a los obreros y campesinos españoles.

Para este noble fin, los agentes de la diplomacia soviética rusa trabajan ahora a marchas forzadas y con toda la repugnante hipocresía de una política completamente maquiavélica, que llegó a su máximo esplendor en Rusia bajo el signo de la dictadura y que luego sirvió de modelo a Hitler y Mussolini. Porque no hay forma de gobierno tan favorable a la completa desintegración de todo principio moral en un pueblo como la dictadura, que suprime con fuerza bruta toda crítica honesta de los males públicos y transforma a pueblos enteros en rebaños de esclavos embotados. Bajo tal condición, mantenida por el miedo, la falsedad, el engaño, el asesinato político y un infame sistema de espionaje que hace de la traición una virtud pública e infecta incluso el círculo familiar íntimo, la confianza innata del hombre en el hombre es socavada y toda responsabilidad moral hacia sus semejantes es sofocada en su nacimiento.

Hasta los acontecimientos de julio del año pasado, el Partido Comunista apenas desempeñaba ningún papel en España. Contaba en total con unos tres mil miembros. Sus objetivos eran ajenos al carácter general del pueblo y no tenían ninguna perspectiva de calar en las grandes masas de obreros y campesinos. En España los sindicatos, y no los partidos políticos, habían desempeñado desde el principio el papel más importante en el movimiento obrero. Así, el Partido Socialista fue durante décadas incapaz de arraigar en absoluto fuera de Madrid y sólo se le conocía en el lenguaje coloquial como «el partido microscópico», hasta que mediante la organización de la U.G.T. («Unión General de los Trabajadores») consiguió poco a poco hacerse un hueco en los grandes distritos industriales del norte y en unos pocos distritos rurales de Andalucía y Estramadura.

Por lo tanto, los estalinistas españoles se esforzaron ahora por el trabajo de las células secretas para ganar en las organizaciones políticas y sindicales del Partido Socialista un campo que nunca habrían podido conquistar bajo su propia bandera. Lograron de esta manera capturar algunos sindicatos de la U.G.T. en Madrid, Valencia, Málaga y algunos otros lugares, pero incluso con estos éxitos no pudieron pensar en instituir ninguna acción propia, ya que no tenían ninguna influencia digna de mención sobre la gran mayoría de los trabajadores de la U.G.T., mientras que las organizaciones locales de la poderosa C.N.T. estaban completamente cerradas para ellos.

En Cataluña, donde los socialistas y su filial sindical, la U.G.T., antes de la sublevación fascista, no desempeñaban ningún papel, los estalinistas, utilizando el lema del Frente Unido, consiguieron engañar al Partido Socialista y crear el llamado P.S.U.C. («Partido Socialista Unido de Cataluña»), que pronto se unió a la Tercera Internacional, y que, a pesar de su escudo socialista, es sólo un instrumento de Moscú. Con la llegada de los representantes oficiales de Rusia este aburrimiento clandestino se incrementó muy notablemente. Lo que los estalinistas españoles tenían que aprender a este respecto se lo enseñaron pronto los señores Rosenberg en Madrid y Antonov-Ovsénko en Barcelona.

En todos los países de Europa y América existen centenares de organizaciones supuestamente «neutrales» que sólo sirven para disimular el juego que hacen entre bastidores los secuaces de Moscú; hay incluso un montón de periódicos conocidos en ambos continentes, que pueden mirar hacia atrás en muchos años de tradición liberal y que hoy han quedado completamente bajo la influencia de Moscú. El mismo juego despreciable se repite en España. Las insinuaciones rusas encuentran oídos dispuestos en los círculos burgueses y socialistas de derecha y se hacen oír cada vez más claramente también entre los nacionalistas catalanes, y en lo más profundo de las filas del gobierno de Caballero en Valencia.

9. La U.G.T. comunista en Cataluña

Los agentes de Moscú se preocupaban ahora, sobre todo, de encontrar una base más amplia para la ejecución de sus planes y de construir, en todas partes, organizaciones que, en su momento, pudieran oponer a la C.N.T. e

incluso a la U.G.T. Mucho antes de los acontecimientos de julio, la C.N.T. había hecho esfuerzos sinceros para lograr una alianza con los obreros de la U. G.T. G.T. Tras la victoriosa supresión de la revuelta fascista en Cataluña, los dirigentes de la C.N.T. se pusieron a trabajar con toda su energía por este objetivo, que consideraban, con razón, como el primer requisito para la victoria sobre los fascistas y como la base necesaria para el desarrollo de una nueva vida social impregnada de libertad y del espíritu del socialismo. Basta con tomar cualquiera de los órganos diarios o semanales de la C.N.T. o de la F.A.I. para convencerse de que no se trata de la palabrería hueca de los demagogos profesionales, sino de la expresión de opiniones inspiradas en los motivos más elevados, que sólo por su sinceridad es capaz de encontrar siempre la palabra justa de conciliación.

Los agentes de Rusia buscaron ahora por todos los medios derrotar estos esfuerzos por la unidad del trabajo organizado, ya que reconocían muy claramente que era desde esta dirección que amenazaba el mayor peligro para la realización de sus planes. A partir de su colaboración práctica en la gestión de las fábricas socializadas y de las cooperativas rurales, había surgido entre la C.N.T. y la U.G.T. una relación amistosa que se reforzaba continuamente en la guerra contra el enemigo común y por las necesidades inmediatas de la vida cotidiana. Esto era especialmente cierto en aquellos sectores del país en los que esta colaboración no se veía perturbada por la injerencia de los partidos políticos del exterior, y en los que la U.G.T. había tenido durante años detrás un auténtico elemento obrero, como en Asturias, Castilla, Andalucía y Levante.

La situación en Cataluña, y especialmente en Barcelona, donde la U.G.T. nunca había podido afianzarse y nunca contó con más de unos pocos miles de miembros, se configuró de forma muy diferente. Después de los acontecimientos de julio se produjo un cambio peculiar. La necesidad de pertenecer a una organización sindical se impuso incluso en aquellas clases que anteriormente no habían tenido ninguna relación con el trabajo organizado, e incluso a menudo habían sido hostiles a él. En el período de conmoción que siguió a la derrota de la revuelta fascista, cuando las patrullas armadas de los sindicatos obreros montaban guardia y velaban por la seguridad pública, el carné de afiliación a un sindicato desempeñaba un papel importante y, podría decirse, servía a su poseedor de salvoconducto.

Así fue como miles de pequeños empresarios, comerciantes, políticos locales, saloneros, empleados públicos, etc., acudieron a los sindicatos de la U.G.T., que naturalmente eran más de su agrado que las viejas organizaciones de la C.N.T. Y esto se fue acelerando a medida que el P.S.U.C. comunista, bajo cuya tutela política se encuentran los sindicatos de la U.G.T. en Cataluña, se manifestaba más claramente con sus ataques a los esfuerzos de socialización del trabajo organizado. Así, la U.G.T. en Cataluña se convirtió gradualmente en el punto de encuentro de todos los elementos reaccionarios que estaban interesados en la restauración de las antiguas condiciones.

Los estalinistas, los verdaderos creadores de este extraño desarrollo, dicen hoy a sus crédulos seguidores en el extranjero que la U.G.T. tiene 450.000 miembros en Cataluña. Esto, por supuesto, no es más que una de las ordinarias mentiras propagandísticas que esos encantadores compañeros, bajo la dirección rusa, manejan tan hábilmente. Querían así hacer olvidar al público, en la medida de lo posible, que detrás de la Federación Catalana de la C.N.T. hay un millón de trabajadores organizados, que son la columna vertebral del movimiento obrero español. Sin embargo, no se puede discutir que la U.G.T. es hoy un serio obstáculo para la C.N.T. en Cataluña, y que bajo la especial protección del gobierno de Negrín en Valencia se ha convertido en un grave peligro para todas las conquistas económicas y políticas de la clase obrera española.

Sin embargo, lo que secuaces comunistas en España se cuidan de no mencionar a sus adherentes en el extranjero es que la actual U.G.T. en Cataluña no es en absoluto una organización obrera, sino un instrumento de los elementos burgueses reaccionarios que intentan por todos los medios impulsar la contrarrevolución en ese país.

El componente más importante de la U.G.T. en Cataluña en la actualidad es el G.E.P.C.I. (una alianza de los pequeños industriales y comerciantes catalanes), que antes se encontraba entre los más abiertos opositores al trabajo organizado y hoy es el aliado más leal del P.S.U.C. comunista. La oficina central de esta organización se encuentra en los locales de los gerentes de las fábricas textiles catalanas, en la calle Santa Ana, nº 2.

Además, el presidente de la llamada sección de «trabajadores textiles» no es otro que el señor Gurri, antiguo presidente de la asociación de fabricantes textiles catalanes. También se encuentra allí el señor Fargas, antes conocido como uno de los empresarios más ricos y brutales de Barcelona, con quien la

C.N.T. ha librado muchas contiendas. Además de éstos, se encuentran aquí muchas personalidades conocidas del viejo mundo de los gerentes de Barcelona, como el señor Armengol y muchos otros que hoy llevan su existencia ligera bajo la protección de los estalinistas de la U.G.T. Estos son los hombres que hoy, en el país y en el extranjero, acusan a la C.N.T. de «traición a los intereses del proletariado» y cuyo odio implacable se dirige a todos los que se oponen a la restauración del viejo orden capitalista.

En otras partes del país, como por ejemplo en Levante, los estalinistas han revivido los tristemente célebres «sindicatos libres», en los que bajo la dictadura de Primo de Rivera se reunían los elementos más depravados de la comarca para hacer el trabajo sucio requerido por los empresarios. De sus filas salieron los llamados «pistoleros», cuyo trabajo consistía en aterrorizar a los trabajadores con asesinatos y otros crímenes infames. Muchas vidas valiosas cayeron presas de estos bandidos que ahora son los aliados más valiosos de los estalinistas españoles.

Después de que los comunistas se ganaran de esta manera el necesario punto de apoyo en el país, comenzó una cruzada regular contra todo lo que los obreros y campesinos habían logrado y, en particular, un boicot sistemático a las plantas industriales dirigidas por los sindicatos de la C.N.T. y la U.G.T. y las cooperativas rurales de los pueblos. Todo lo que sirviera para difundir el espíritu de desintegración y hacer madurar los planes secretos de sus capataces era correcto para estos hombres. Esta gente, que, de la noche a la mañana, había olvidado sus viejos principios y empezó a entonar el canto de sirena del Frente Unido en todas las lenguas del planeta, es la que con sus viles intrigas ha roto el frente antifascista en España.

10. La labor socialista constructiva de la C.N.T. y la F.A.I.

Los socialistas de todas las escuelas, los liberales sinceros y los antifascistas burgueses que han tenido ocasión de observar sobre el terreno la espléndida obra de edificación social de los trabajadores españoles, no han emitido hasta ahora más que un juicio sobre la capacidad creadora de la C.N.T. y han rendido a sus trabajos el homenaje de su más sincera admiración. Ninguno de ellos ha podido dejar de ensalzar la inteligencia autóctona, la previsión

y la prudencia y, sobre todo, la tolerancia sin parangón con que los obreros de la C.N.T. han realizado su difícil tarea. Así lo dijo el socialista suizo Andrés Oltmares, profesor de la Universidad de Ginebra, en un ensayo bastante largo del que tomamos lo siguiente:

En medio de la guerra civil, los anarquistas han demostrado ser organizadores políticos de primer orden. Encendieron en todos el necesario sentido de la responsabilidad, y supieron, mediante elocuentes llamamientos, mantener vivo el espíritu de sacrificio por el bienestar general del pueblo.

Como socialdemócrata hablo aquí con alegría interior y sincera admiración de mis experiencias en Cataluña. La transformación anticapitalista se produjo aquí sin que tuvieran que recurrir a una dictadura. Los miembros de los sindicatos son sus propios dueños, y llevan a cabo la producción y la distribución de los productos del trabajo bajo su propia dirección con el asesoramiento de expertos técnicos en los que confían. El entusiasmo de los trabajadores es tan grande que desprecian cualquier ventaja personal y sólo se preocupan por el bienestar de todos.»

Y, hablando de la adaptación de las industrias a las necesidades de la guerra, el profesor Oltmares declaraba que en materia de organización los sindicatos obreros catalanes «en siete semanas lograron tanto como Francia en catorce meses después del estallido de la Guerra Mundial.» Podría haber añadido: y lo que Rusia no había podido lograr tras dos años de dictadura bolchevique.

Numerosos informes similares de observadores imparciales y honestos aparecieron en la prensa de todos los países, excepto Rusia y los estados fascistas. Por más que se mire al CNT desde el punto de vista de la filosofía mundial, no se puede negar el reconocimiento a la ilimitada voluntad de sacrificio y al espíritu constructivo de sus miembros. Pero no sólo los socialistas y los corresponsales honestos de los periódicos burgueses se vieron obligados a tomar conciencia de estos hechos; incluso el Sr. Antonov-Ovséenko, cónsul ruso en Barcelona, no pudo evitar expresar la misma opinión. Así, en una entrevista que concedió a un corresponsal del «Manchester Guardian», publicada el 22 de diciembre de 1936, encontramos «El Cónsul, por supuesto,

negó el hecho bien conocido de la injerencia del Gobierno soviético en la política interna de Cataluña. Pero al mismo tiempo expresó la mayor admiración por los trabajadores catalanes, especialmente por los anarcosindicalistas. «La sobriedad de los obreros catalanes sorprendió y gratificó al cónsul soviético no menos que su extremo sentido común y su adaptación a las realidades. Recordando que en Petrogrado, en 1917, había sido necesario inundar las bodegas de los palacios para evitar la embriaguez, Ovséenko relató su asombro al visitar una fábrica de champán en las afueras de Barcelona, que no sólo había sido allanada, sino mantenida en el más perfecto estado por los comités obreros.

«‘El movimiento anarquista’, afirmó el representante soviético, ‘estaba evidentemente arraigado en la clase obrera catalana, pero sus mejores representantes fueron asombrosamente capaces de darse cuenta de las necesidades de la situación actual... Su fuerza no tiene parangón en el movimiento anarquista de ningún otro país. A pesar de ciertos fanatismos, el trabajador típico de la C.N.T. estaba principalmente interesado en trabajar en condiciones decentes, y por esta razón lucharía hasta la muerte contra el fascismo». «El Cónsul no duda de que los obreros catalanes son capaces de reconstruir las industrias destruidas, su trabajo sin ayuda en el puerto y en las fábricas demuestra que son capaces de dirigir la industria por sí mismos. Se mostró impresionado por el hecho de que la crisis política en Cataluña se haya resuelto en dos días con un mínimo de disturbios».

Desde entonces han pasado siete meses.

En aquella época todavía había que proceder con cautela para no hacer recular a los obreros y campesinos españoles, pues, aunque sabían muy bien cómo luchar y construir, no tenían experiencia en las engañosas artes de la diplomacia astuta. Toda su vida se había movido por caminos en los que la palabra de uno era la palabra de uno y la confianza del hombre en el hombre no había sido arrojada a los perros, como en la Rusia bolchevique.

Los recientes acontecimientos en España han demostrado claramente que las afirmaciones del cónsul ruso nunca fueron serias. Desde el principio estaban destinadas a echar polvo a los ojos de los trabajadores de España y

del mundo y a engañarlos con declaraciones que el propio cónsul no creía. Si se puede hacer algún reproche a los dirigentes de la C.N.T.-F.A.I. es que concedieron a estos falsos «hermanos» una confianza mayor de la que merecían y que, bajo la presión de las circunstancias desesperadas, se dejaron arrastrar a hacer concesiones que sólo podían resultarles desastrosas más tarde. Actuando por un sentimiento totalmente noble, subestimaron demasiado las maquinaciones subterráneas de un enemigo secreto que amenaza con ser hoy más peligroso para ellos que el fascismo abierto. El hecho de que la prensa rusa, por razones fácilmente comprensibles, no haya pronunciado ni una sola palabra sobre los esfuerzos de reconstrucción social de los obreros y campesinos españoles, que tanto «admiraba» el cónsul ruso en Barcelona, lo dice todo.

En España, sin embargo, los ataques de los estalinistas se dirigieron no sólo contra estos esfuerzos, sino contra todos los logros que habían nacido de los acontecimientos de julio de 1936. Fueron ellos los que instaron celosamente al gobierno a la supresión de las patrullas obreras por parte de la policía; fueron ellos los que se hicieron pasar por defensores de la clase media, para poner a ésta en contra de los trabajadores; fueron ellos los que sugirieron al gobierno de Valencia una censura de la prensa bajo supervisión rusa; Fueron ellos los que, en el momento de las más duras batallas contra Franco y sus aliados alemanes e italianos, provocaron una crisis gubernamental tras otra en Valencia y Barcelona para llevar a cabo sus planes secretos en interés de Inglaterra y Francia; y fueron ellos los que buscaron con ahínco concentrar todo el poder en manos del gobierno central para instituir a través de este organismo esa «dictadura neutral» para la «tranquilización del país» que tanto había recomendado el líder de los tories ingleses, Winston Churchill.

La prensa comunista de todo el mundo y sus aliados entre las llamadas potencias neutrales intentan, mediante una infame propaganda de falsedades, engañar a sus lectores en cuanto al verdadero estado de las cosas, diciéndoles que la actitud de los estalinistas españoles está dictada puramente por la necesidad de evitar echar a la clase media y a los pequeños propietarios de tierras en brazos de Franco, como está haciendo la «ridícula campaña socializadora» de la C.N.T.

Pero también en este aspecto las cosas son realmente muy diferentes. La C.N.T. consideró desde el principio a los pequeños burgueses y agricultores como aliados naturales en la lucha contra el fascismo. Su prensa ha señala-

do todo el tiempo que durante este período de transición reconoce cualquier forma económica que no tenga como objetivo la explotación del hombre por el hombre. Por esta razón, no ha puesto ningún obstáculo a la gestión familiar en el campo o a las pequeñas empresas en la ciudad. Sin duda, la C.N.T. atacó con toda su energía a los especuladores y a los degolladores con carnés sindicales en el bolsillo que querían sacar provecho de la confusión; y eso es totalmente comprensible.

En su labor de socialización, la C.N.T. se ha impuesto la mayor moderación y ha llevado a cabo su tarea con un tacto y una prudencia que sólo la pura malevolencia se atrevería a negar. Allí donde los pequeños agricultores han preferido la explotación individual a las colectividades agrarias, se les ha dejado su libre elección. Sus pequeñas parcelas no han sido tocadas; incluso se han ampliado en proporción al tamaño de las familias. Es un hecho que después de las grandes jornadas de la revolución de julio muchos cientos de pequeños empresarios y pequeños agricultores pusieron voluntariamente sus plantas y sus tierras a disposición de los sindicatos obreros y saludaron la revolución social con auténtico entusiasmo. En Aragón, por ejemplo, una abrumadora mayoría de los pequeños agricultores se declaró a favor de la agricultura colectiva. Actualmente existen allí unas cuatrocientas empresas colectivas, de las cuales sólo diez se han unido a la U.G.T., mientras que todas las demás pertenecen a los sindicatos de la C.N.T. En realidad, durante mucho tiempo ha existido una relación muy amistosa entre la C.N.T. y la burguesía antifascista. Esto no cambió hasta que la labor destructora de los estalinistas se puso en marcha, y los comunistas empezaron a jugar con la pequeña burguesía como sus bazas contra los trabajadores. Sólo entonces fue posible que «Trellat», la hoja del Partido Comunista en Barcelona, proclamara con orgullo proletario que «la totalidad de la pequeña burguesía» estaba organizada en la U.G.T. catalana. Con amarga ironía, pero de forma muy convincente, el diario «CNT» de Madrid caracterizó esta duplicidad jesuítica de los comunistas:

«El Partido Comunista quiere hacernos creer que la revolución ha de impulsarse favoreciendo a los pequeños empresarios, salvaguardando la propiedad privada, defendiendo los intereses de los pequeños industriales, excluyendo a las organizaciones obreras de la participación en el gobierno, saboteando a las colec-

tividades aldeanas de los campesinos, mostrándose dócil a los deseos del capital extranjero y, sobre todo, negando que la situación actual de España sea favorable a una revolución social. Esto lo hace el mismo Partido Comunista que hace pocos años, cuando se ponía por primera vez a difundir sus ideas en nuestro país, había asignado a la revolución social el primer lugar en su orden del día.

«En otras palabras: Para el Partido Comunista la revolución se hará con la ayuda de la contrarrevolución, y la contrarrevolución con la ayuda de la revolución. Y si alguien dice que esto es un disparate, se le recuerda que no estamos exponiendo aquí nuestros propios puntos de vista, sino la última teoría del marxismo-leninismo no adulterado.»

11. La campaña de mentiras de Moscú contra la C.N.T.

Norman Thomas, el conocido dirigente del Partido Socialista de los Estados Unidos, que acaba de regresar de un viaje de investigación en España, cuenta en «The Nation» que allí está de moda el chiste de que cuando alguien es demasiado conservador para unirse a los republicanos de izquierda se une a los comunistas. En realidad, sin embargo, no se trata de una broma, sino de un hecho contundente que no se puede evitar. Sobre el papel del Partido Comunista en España sólo hay una opinión entre los hombres de todos los matices políticos. Así, el liberal «Manchester Guardian» afirma:

«Los comunistas en España son los partidarios de la derecha del gobierno. Son en cierto modo conservadores, ya que su objetivo declarado es restablecer la democracia republicana...

«Los anarquistas, que comandan la mayoría del trabajo en Cataluña, son el único partido que pone la revolución en primer lugar. Sólo ellos, de entre todos los movimientos políticos españoles, siguen siendo verdaderos revolucionarios, con la excepción del más bien débil P.O.U.M.»

Incluso el conservador «New York Times» se vio obligado a confirmarlo:

«Los comunistas son hoy quizá la facción más moderada de España, y en comparación con los anarquistas, que se sitúan a su izquierda, son rotundamente conservadores. A pesar de esto, las perspectivas de un régimen comunista según el modelo ruso son muy pequeñas, ya que los anarquistas son demasiado fuertes.»

Y el Dr. Trabal, uno de los líderes nacionalistas catalanes más conocidos, que hace poco tiempo se unió al P.S.U.C. comunista, declaró con cínica franqueza:

«Sí, ahora estoy entre los socialistas. Pero que nadie me diga que he cambiado de posición. Me mantengo justo donde siempre me he mantenido. Son los socialistas y los comunistas los que han cambiado de posición. Con su ayuda puedo seguir trabajando por mis ideales».

Mientras los estalinistas españoles se alineaban con la burguesía española contra el movimiento de masas de los obreros y los campesinos, se inició en la prensa rusa una salvaje campaña contra los llamados «trozkistas» en España y la C.N.T., que por su cobarde engaño y mezquindad de sentimientos superaba todo lo que la fantasía más perversa pudiera inventar. Es extremadamente significativo que justo en el momento en que el cónsul ruso en Barcelona aseguraba al «Manchester Guardian», en la entrevista mencionada, que «por estas razones Rusia no podía sino mirar con simpatía al movimiento obrero catalán. Ciertamente, no tiene la intención de impedirles que resuelvan su propia salvación de la manera más adecuada a sus características nacionales» – justo entonces «Pravda» creyó oportuno informar:

«Por lo que respecta a Cataluña, la limpieza de los elementos trozkistas y anarcosindicalistas ya ha comenzado, y se llevará a cabo allí con la misma energía que en la URSS». (Pravda, 17 de diciembre de 1936)

Y estos ataques cobardes y sin conciencia se endurecieron justo en la medida en que los estalinistas, con la ayuda de los representantes oficiales

de Rusia, lograron ganar terreno, hasta que por fin el corresponsal español de «Pravda» publicó en ese periódico un artículo sensacional, que reproducimos aquí textualmente:

«El órgano central de los anarquistas en Barcelona, ‘Solidaridad Obrera’, publicó en su número del 16 de marzo, un ataque insultante contra la prensa soviética. Es significativo que el escritor dirija su ataque más particularmente a aquellos informes de la prensa soviética que se relacionan con las actividades contrarrevolucionarias del P.O.U.M. trotskista, y hace la afirmación de que ‘estas tácticas injuriosas están destinadas simplemente a despertar la disensión en las filas del frente antifascista en España:

«Esta obscena defensa de los traidores trotskistas procede de aquellos elementos turbios que se han colado en las filas de la organización anarcosindicalista. Son los antiguos compañeros de Primo de Rivera en la ‘Falange Fascista’ y los trotskistas. No es ningún secreto que estas manchas de peste florecen hoy mejor en ‘Solidaridad Obrera’; pues se sabe que el actual director literario de esta hoja es Cánovas Cervantes, antiguo director del periódico fascista ‘La Tierra’.

«Estos agentes de Franco se han atrincherado hoy detrás de la organización anarquista para destruir el Frente Popular español; pero no lo van a conseguir. Las masas anarcosindicalistas comprenden cada día mejor la necesidad de una disciplina férrea y de un gobierno popular fuerte. Por eso, esos enemigos del pueblo español se han colado en las filas de los anarquistas y combaten al Frente Popular con redoblado frenesí.

«No es casualidad que justo en el momento en que los italianos se preparan para una ofensiva en el frente de Guadalajara, los trotskistas tramposos estén preparando una revuelta armada contra el gobierno de Valencia. También hay que señalar que la hoja «Nosotros» de Valencia pide cada día la liberación de todos los que están en la cárcel por participar en un levantamiento armado, entre los que se encuentran varios fascistas declarados.

Y esta demanda va siempre acompañada de amenazas contra el gobierno.

«La historia antisoviética de ‘Solidaridad Obrera’ es una prueba de que detrás del órgano central de los anarquistas están los trotskistas y los agentes de la policía secreta alemana. Este hecho ya ha alarmado a los dirigentes de los anarquistas catalanes que se proponen seriamente combatir el fascismo internacional.» (Pravda, 22 de marzo de 1937)

Con tan despreciables acusaciones, cada una de cuyas palabras es una mentira deliberada pensada con cínico cálculo, los deshonorosos calumniadores, que al servicio de sus patrones políticos han hecho de la mentira un oficio, se atreven a menospreciar un movimiento que con su heroica resistencia ha salvado al país de los ataques de los conspiradores fascistas; un movimiento cuyos adherentes luchan y mueren con una valentía sin parangón en todos los frentes; un movimiento que produjo un Durruti, cuyo nombre vivirá en la historia de España cuando sólo una monstruosa mancha de vergüenza se mantenga para la raza que ahora calumnia a sus camaradas. Nunca olvidarán en España que fueron principalmente los milicianos de la C.N.T. los que, bajo hombres como Mera, Palacios y Benito y Vallanueva, se lanzaron sobre el enemigo ante Madrid y le cerraron el paso con sus cuerpos. «Y sin Durruti y sus heroicas tropas Madrid habría estado hoy mucho tiempo en manos de los fascistas», como pudo afirmar con plena justicia «Frente Libertario», órgano de las milicias confederadas.

Ningún otro movimiento ha hecho tan enormes sacrificios durante la espantosa guerra contra el fascismo como la C.N.T.-F.A.I. Ninguno ha perdido a tantos de sus mejores en esta lucha desesperada. Todo el mundo lo sabe en España. Sus más enconados adversarios no pueden negarles ese reconocimiento. Los quinientos mil que formaron la última escolta de su camarada Buenaventura Durruti, caído por un cobarde asesinato, dieron poderosa expresión a esta convicción universal.

12. La lucha contra el P.O.U.M.

Que el odio de los detentadores del poder en Rusia se dirija hoy con especial encono al P.O.U.M. es fácil de comprender. A Stalin, que desde hace

tiempo se ocupa de exterminar los últimos restos del viejo bolchevismo en Rusia y de deshacerse, uno tras otro, de sus antiguos camaradas, que bajo Lenin ocupaban los más altos puestos en el Estado soviético, no podía gustarle, naturalmente, que hubiera hombres en los países extranjeros que no estuvieran dispuestos a creer que nueve décimas partes de los antiguos y más influyentes dirigentes del Partido bolchevista están al servicio de Hitler y de los militaristas japoneses. Menos aún podía gustarle que hubiera herejes que simplemente no pudieran tragarse el cuento infantil de una conspiración a tan gran escala que había estado saboteando el sistema industrial ruso día y noche durante años, que tenía sus hombres en los círculos más altos del ejército ruso, e incluso en la G.P.U., y que, sin embargo, no se atreviera a actuar, sino que dejara tranquilamente que sus supuestos líderes fueran puestos uno a uno contra la pared.

Los dirigentes del P.O.U.M. («Partido Obrero de Unificación Marxista») proceden todos del Partido Comunista. Como resultado de sus experiencias pasadas, estaban mejor informados que nadie sobre las maquinaciones secretas de los políticos rusos, y no tenían reparos en compartir su información con el público. Por esta razón, el P.O.U.M. fue durante mucho tiempo una espina clavada en la carne de los estalinistas; tanto más cuanto que el Partido Comunista oficial de Barcelona nunca había sido capaz de mostrar más de trescientos miembros, mientras que la gran mayoría de los comunistas catalanes estaban en la organización del P.O.U.M.. Esto cambió sólo después de que los estalinistas lograron convencer al Partido Socialista de Cataluña para que creara el P.S.U.C.

Nunca hubo ninguna relación intrínseca entre la C.N.T. y los del P.O.U.M. Esto debe ser subrayado, ya que la prensa estalinista está hoy en día proporcionando a sus lectores la falsedad de que el P.O.U.M. ha influido muy fuertemente en la actitud de la C.N.T. en Cataluña. Realmente no se puede hablar de tal cosa, ya que las dos facciones son diametralmente opuestas en sus principios teóricos básicos, así como en sus métodos y en sus objetivos organizativos. El P.O.U.M. fue siempre un partido pequeño, contando en toda España con apenas más de treinta mil afiliados. Su tendencia era bolchevique; sus adherentes creían que sólo un partido político único debía emprender la dirección de la revolución.

El P.O.U.M. acogió en sus filas a facciones marxistas de los más diversos tipos, desde los seguidores catalanes de Caballero hasta los trotskistas. Sin

embargo, sería incorrecto designarlo como un partido «trozkista», ya que el propio Trotzky se había pronunciado en repetidas ocasiones condenando tajantemente las tácticas de la gente del P.O.U.M. Desde el principio, el P.O.U.M. había adoptado una actitud hostil hacia la C.N.T., como revelan claramente todas las producciones de su prensa y todos los anuncios públicos de la organización.

Esta actitud era muy natural, ya que la C.N.T. había sido, desde el principio, la opositora abierta de cualquier tutela sobre el movimiento obrero por parte de los partidos políticos. Su socialismo era de tipo constructivo y se basaba en las organizaciones sindicales de los obreros y campesinos. No era el resultado de una teoría abstracta salida del gabinete de estudios, sino el producto vital de largas y sacrificadas luchas, de las cuales las ideas de liberación social habían crecido por sí mismas y habían tomado forma orgánica en el curso de los años. La C.N.T., con sus dos millones de afiliados, es un movimiento de masas y revela una corriente muy definida en la historia del país, que puede mirar hacia atrás en una antigua y gloriosa tradición íntimamente entretejida con los hechos y pensamientos del pueblo español. El P.O.U.M., sin embargo, fue un factor extraño en el movimiento libertario español y, por lo tanto, nunca pudo arraigar entre las grandes masas de los trabajadores y campesinos españoles.

Los del P.O.U.M. intentaron al principio penetrar en la U.G.T. de Cataluña, e incluso consiguieron hacerse con algunos puestos importantes en ella. Pero a medida que los estalinistas del P.S.U.C. fueron ganando terreno allí, se hizo mucho más difícil para los del P.O.U.M. conservar sus puestos, y al final se vieron completamente obligados a salir de la U.G.T.

Después del primero de los grandes juicios políticos contra los llamados «trozkistas» en Moscú, los ataques de los estalinistas españoles contra el P.O.U.M. se redoblaron y se hicieron cada vez más odiosos y malévolos. En Madrid, los estalinistas irrumpieron en los cuarteles de las Juventudes del P.O.U.M. y destruyeron todo lo que pudieron encontrar. El gobierno llegó a suprimir durante un tiempo el periódico del P.O.U.M. y, bajo la presión de la embajada rusa, excluyó al P.O.U.M. de la representación en el Comité de Defensa de la milicia revolucionaria, acto que suscitó la protesta unánime de todas las demás facciones revolucionarias.

En Barcelona, donde el P.O.U.M. era más fuerte que en otras ciudades, sus dirigentes respondieron duramente a los ataques malintencionados de

sus adversarios estalinistas. El 27 de noviembre de 1936, «La Batalla», el órgano del P.O.U.M. en Barcelona, publicó un artículo sobre la política de escaleras traseras de la diplomacia rusa en España, en el que declaraba: «Es insoportable que, con el pretexto de prestarnos cierta ayuda, alguien quiera a cambio imponernos formas políticas definidas y pretenda dictar la política española».

Este artículo desató una verdadera avalancha de las más viles acusaciones en la prensa estalinista. No hubo acto de infamia que no se imputara al P.O.U.M. Incluso el cónsul ruso en Barcelona participó personalmente en estos vergonzosos procedimientos y calificó al P.O.U.M. de instrumento de Franco, Hitler y Mussolini, una calumnia miserable de la que no puede aducirse ni una sombra de prueba. Estos acontecimientos condujeron a la famosa crisis del gobierno catalán, provocada deliberadamente por los estalinistas para obligar a Andrés Nin, líder del P.O.U.M., que ocupaba el cargo de Ministro de Justicia allí, a abandonar su puesto. Esto ocurrió finalmente en diciembre del año pasado, bajo la presión inmediata del representante del gobierno ruso, que hizo depender la ayuda de su gobierno, y contra la protesta unánime de la C.N.T., que deseaba evitar a toda costa la ruptura del frente antifascista.

Tras los sangrientos sucesos de mayo en Barcelona, llegó por fin para los estalinistas la hora de dar rienda suelta a su venganza contra el P.O.U.M. Por orden del gobierno comunista-burgués de Valencia, todos los sindicatos del P.O.U.M. fueron disueltos por la policía y sus dirigentes más influyentes detenidos y trasladados a Madrid. La escandalosa campaña de mentiras de la prensa estalinista apuntaba a la intención de escenificar en suelo español uno de esos infames «juicios de espionaje» según el modelo ruso.

Cualquiera que sea la actitud de uno hacia las ideas y objetivos del P.O.U.M., no se puede negar que en la guerra contra Franco y sus aliados, sus adherentes tomaron su lugar como hombres y lucharon valientemente. El 19 de julio lucharon hombro con hombro con los trabajadores de la C.N.T.-F.A.I. Hicieron lo mismo en Madrid y en los demás frentes. Un gran número de sus mejores hombres perdieron la vida en esos combates. Maurin, uno de los fundadores del P.O.U.M. y, junto a Andrés Nin, el líder más influyente del movimiento, fue fusilado por los rebeldes. José Oliver cayó en Galicia; Germinal Vidal y Pedro Villarosa murieron en el frente

de Aragón. Difícilmente se podía suponer que sacrificarían sus vidas en la guerra contra el fascismo, si estaban al servicio de Franco y Mussolini.

Las medidas del gobierno contra los militantes del P.O.U.M., y especialmente las transparentes maniobras de los estalinistas, han suscitado numerosas protestas de las más diversas fuentes tanto en España como en el extranjero. El Comité Nacional de la C.N.T. en Valencia se dirigió al Presidente Azaña, a las Cortes y al Ministro de Justicia en una carta abierta en la que exigía justicia para los dirigentes del P.O.U.M. detenidos en un lenguaje varonil y enérgico. Incluso en las condiciones actuales es difícil de creer que España se convierta en el escenario de una de esas comedias judiciales que durante los últimos años han formado parte de los órdenes políticos del día en Rusia.

13. El terrorismo mafioso ruso y sus métodos chekistas

Pero los estalinistas españoles y sus impulsores rusos no se contentaron con sembrar la discordia en las filas del frente antifascista y asaltar la revolución popular con el boicot abierto y secreto. Procedieron a apartar de su camino a los opositores desagradables mediante el asesinato y a intimidar al pueblo mediante un sistema de terrorismo secreto. Hoy no cabe la menor duda de que en muchas partes de España existen grupos terroristas que actúan según el método de la Cheka rusa.

El pasado mes de abril la C.N.T. consiguió descubrir una célula chekista de este tipo en Murcia y detener a sus miembros más importantes. Durante meses, la población se alarmó por la repentina desaparición de residentes, un gran número de los cuales pertenecían a la C.N.T. Cuando la policía local no hizo ningún esfuerzo por llegar al fondo del asunto, la C.N.T. tomó las riendas. Resultó que todas las personas detenidas en relación con el asunto eran miembros del Partido Comunista. Citamos una declaración pública firmada por representantes del Frente Popular, de las Juventudes Libertarias y del Comité Provincial de la C.N.T.:

«Hemos estado esperando una desautorización por parte del Partido Comunista y su prensa de los miembros de la ‘Cheka’

detenidos que habían estado trabajando en cooperación con el gobernador de Murcia. Todavía no hemos visto nada de eso. Por lo tanto, ahora vamos a hablar claro y a decirles a los que intentan importar a España sistemas de terror y dictaduras políticas desde el extranjero que cuentan con su anfitrión. El pueblo español no tiene alma de esclavo y nunca pondrá la dirección de su destino en manos de tiranos. Hoy luchamos por expulsar de nuestro suelo a los intrusos extranjeros que asolan nuestro país. Sabremos también expulsar a aquellos otros elementos que quieren introducir entre nosotros sistemas de terror político que pertenecen al pasado y repugnan al pensamiento y al sentimiento de nuestro pueblo.»

En Castilla, y particularmente en Madrid y sus alrededores, donde la C.N.T., antes de la revuelta de los fascistas, sólo tenía detrás una fuerte minoría de los trabajadores, mucho ha cambiado desde esa revuelta. Grupos enteros de la U.G.T. se pasaron a la C.N.T., de modo que esta última es hoy casi igual en número de miembros a la U.G.T. en la parte central del país, e incluye, además, a los elementos más activos del movimiento obrero. Tal desarrollo fue naturalmente mal recibido por los estalinistas, porque era en el más alto grado favorable a la alianza con la U.G.T., que la C.N.T. defendía incesantemente. Es, pues, muy comprensible que en ese mismo Madrid y alrededores, donde la influencia del Partido Comunista es más fuerte, sobre todo desde que logró expulsar a los seguidores de Largo Caballero de la dirección de la U.G.T., no se dejara de intentar ningún medio para obstaculizar el avance de la C.N.T.

Así, Cazorla, representante comunista en el Comité de Defensa de Madrid, se valió de su cargo de jefe de policía para iniciar una salvaje persecución de los militantes de la C.N.T. Esto llegó a tal punto que un día hizo detener a uno de los más exitosos jefes militares de la C.N.T., Verlardini, Jefe de Estado Mayor de la División Mera, por fascista. Por supuesto, tuvo que ser liberado de inmediato, porque incluso el general Miaja calificó la acción de Cazorla como inexpediente («improcedente»). Así que la Cheka comunista se puso a trabajar aún con más energía. De febrero a abril de este año más de ochenta miembros de la C.N.T. fueron víctimas de estos cobardes asesinos en Madrid y alrededores.

En el pueblo de Villanueva, en la provincia de Toledo, la sede de la organización de trabajadores de campo de la C.N.T. fue asaltada por orden del alcalde comunista, y dieciséis de los trabajadores de la C.N.T. fueron asesinados por la Cheka. Procedimientos similares tuvieron lugar en la ciudad vecina de Villamayor, que también tenía un alcalde comunista. Cuando la prensa de la C.N.T.-F.A.I. exigió una investigación rigurosa de estos procedimientos, los estalinistas pusieron todos los medios a su alcance para impedirlos. «El Mundo Obrero», órgano central del Partido Comunista en Madrid, defendió a ultranza al alcalde de Villanueva y lo proclamó «honesto y sincero antifascista». Esto, sin embargo, no pudo evitar que los alcaldes comunistas de Villanueva y Villamayor, junto con los demás asesinos de los dieciséis trabajadores del campo, fueran, bajo la presión de la opinión pública, llevados a juicio ante un tribunal popular. En este juicio salieron a la luz cosas increíbles, como la horrible violación y asesinato de una madre y su hija, que conmovió a toda la población. El tribunal popular condenó a muerte a los dos instigadores comunistas de este espantoso crimen. Se puede entender por qué los comunistas instan hoy en día a la abolición de los tribunales populares con tanta fuerza.

El 24 de mayo de este año dos personas, acompañadas por el alcalde comunista, se presentaron en el domicilio de González Moreno, secretario de la C.N.T. de Mascaraque, y le dijeron a Moreno que eran mensajeros de la Brigada Lister y que tenían órdenes de detenerle y llevarle a la ciudad de Mora de Toledo. Moreno se negó al principio a obedecer la orden, hasta que el alcalde comunista de Mascaraque se comprometió a acompañarle. Pero cuando Moreno subió al coche que le esperaba, el alcalde se marchó tranquilamente. Al día siguiente Moreno fue fusilado detrás de la Iglesia del Cristo en Mora de Toledo. En este caso se trató de un simple acto de venganza, ya que Moreno, que había sido miembro del Partido Comunista, lo había abandonado para afiliarse a la C.N.T. «Solidaridad Obrera», de la que tomamos este relato, comentó:

«Incluyendo esta nueva víctima ya son sesenta las personas asesinadas en Mora de Toledo. Entre ellas había hombres y mujeres que no habían hecho otra cosa que pertenecer a la C.N.T. y condenar los actos criminales de los comunistas que mantenían al barrio en el terror. Tales horrores no se explican por el antago-

nismo de las diferentes convicciones políticas, ni siquiera por el ansia de poder de ciertos partidarios de la revolución. Los autores de crímenes tan bajos son simplemente provocadores al servicio del fascismo. Exigimos el castigo de los culpables. Los responsables de nuestra organización siempre han exhortado a los camaradas a la dignidad y al autocontrol. Ahora, sin embargo, nos sentimos obligados a poner en conocimiento de la opinión pública los horribles crímenes que amenazan con sumir a la España antifascista en una guerra fraternal, para que la conocimiento de la opinión pública, para que el pueblo español sepa quiénes son los verdaderos provocadores entre la clase obrera». (Solidaridad Obrera, 1 de julio de 1937.)

Estos son sólo algunos hechos de una larga lista que desde los sucesos de mayo en Cataluña ha ido creciendo a un ritmo espantoso. Los instigadores de estos crímenes, que hoy están a favor de los planes políticos de Stalin destrozando a manos llenas el frente antifascista, dirigen todos sus esfuerzos a llevar a la C.N.T. a la resistencia violenta y dar así un golpe de muerte a la revolución social en España. La C.N.T. ha arriesgado su mejor material humano para llevar la guerra contra los intrusos extranjeros a una conclusión victoriosa. Sus dirigentes saben muy bien que del resultado de la guerra depende no sólo el destino de España, sino el de su propio movimiento. Esta terrible responsabilidad les ha impulsado a hacer cosas cuyos peligros no se pueden pasar por alto. En su honesto esfuerzo por unir a todas las fuerzas revolucionarias contra el amenazante fascismo, no pudieron atreverse a atacar al enemigo dentro de sus propias filas con el mismo saludable vigor que tan gloriosamente habían desplegado en su batalla abierta contra el fascismo. Tanto menos cuanto que no podían dejar de reconocer que una guerra abierta dentro del frente antifascista no podía sino redundar en beneficio de Franco y sus aliados.

Su conciencia hacia un enemigo que desde el principio tenía un objetivo definido y no se preocupaba por los escrúpulos de conciencia, llevó a la C.N.T. a una situación que quizás podría haberse evitado si el peligro se hubiera reconocido y estimado correctamente antes. Son cuestiones sobre las que es difícil emitir un juicio desde fuera. Además, no hay que olvidar que en tales situaciones, en las que hay que tomar decisiones de gran importancia a cada

momento, ni siquiera el mejor de nosotros tiene una salvaguarda mágica contra los errores. Lejos de nosotros, por lo tanto, el buscar errores reales o imaginarios en un momento como éste, en el que todo el movimiento está amenazado por todos lados con los más graves peligros.

14. Los fines a los que sirve la dictadura

El papel que el gobierno ruso ha jugado en España desde el principio, y que sigue jugando, está claro para cualquiera que no esté afectado por una ceguera absoluta. Pero también hay otra razón por la que los autócratas rusos y sus serviles seguidores en el extranjero odian la revolución de los obreros y campesinos españoles desde el fondo de su corazón. Es el espíritu libertario que la anima, y que en sí mismo no es más que el producto de un movimiento que en la larga y difícil lucha de su desarrollo ha hecho de la libertad la base de sus esfuerzos y ha combatido enérgicamente toda forma de dictadura.

Es el gran mérito moral del socialismo libertario en España -que hoy encuentra su poderosa expresión en la C.N.T. y en la F.A.I.- que desde la época de la Primera Internacional, sí, incluso antes, ha fomentado en los trabajadores españoles un espíritu que valora la libertad por encima de todo y ha hecho de la independencia intelectual de sus adherentes el factor más importante de su existencia. El movimiento obrero libertario de España no se ha perdido nunca en el laberinto de la dialéctica económica, y por ello su fuerza intelectual nunca se ha visto mermada por fatalista, como tantas veces ha ocurrido con el socialismo en otros países. Tampoco ha desperdiciado su capacidad de acción en las aburridas tareas rutinarias de los parlamentos burgueses. El socialismo no ha sido para él algo que pueda ser dictado al pueblo desde arriba por alguna burocracia estatal o de partido, sino un proceso orgánico de crecimiento que procede de la actividad social de las propias masas y que encuentra en su organización económica una base que aglutina todas las fuerzas creativas y que sigue sin imponer restricciones artificiales a la iniciativa del individuo.

Fue este espíritu -del que nació el 19 de julio- el que se apoderó con una fuerza irresistible de toda la población trabajadora, e incluso se apoderó de elementos que hasta entonces no habían tenido ninguna relación con la obra de la C.N.T. Y fue este espíritu el que guió a los obreros, a los campesinos y a

los intelectuales en sus esfuerzos por reconstruir la vida social del país sobre nuevos principios, y el que dio a su obra creativa esa expresión característica que no se había visto antes en ningún otro país. Pero la C.N.T. nunca abusó de la fuerza que poseía, y aún posee, particularmente en Cataluña, para suprimir otras escuelas de pensamiento y forzar su voluntad sobre ellas. Por el contrario, hizo todo lo posible para unir a los elementos antifascistas

Los elementos antifascistas se unieron para luchar contra el enemigo común y remodelar la vida social. No pensaron en limitar la libertad de opinión ni en negar a los demás, por razón de sus inclinaciones facciosas, la libertad que reclamaban para sí mismos. Acogieron toda crítica sincera y se mantuvieron fieles a los principios de libertad que siempre habían profesado.

Desde hace un año, el pueblo español está empeñado en una lucha desesperada contra un enemigo despiadado y expuesto, además, a las intrigas secretas de las grandes potencias imperialistas de Europa. A pesar de ello, los revolucionarios españoles no han recurrido al desastroso recurso de la dictadura, sino que han respetado todas las convicciones honestas. Todos los que visitaron Barcelona después de las batallas de julio, sean amigos o enemigos de la C.N.T., se sorprendieron de la libertad de la vida pública y de la ausencia de disposiciones para reprimir la libre expresión de la opinión.

Durante dos décadas, los partidarios del bolchevismo han estado inculcando a las masas que la dictadura es una necesidad vital para la defensa de los llamados intereses proletarios contra los ataques de la contrarrevolución y para allanar el camino al socialismo. Con esta propaganda no han hecho avanzar la causa del socialismo, sino que sino que han allanado el camino al fascismo en Italia, Alemania y Austria, haciendo que millones de personas olviden que la dictadura, la forma más extrema de la tiranía, nunca puede conducir a la liberación social. En Rusia la llamada dictadura del proletariado no ha conducido al socialismo, sino a la dominación de una nueva burocracia sobre el proletariado y todo el pueblo.

Si hoy los agentes en España del régimen ruso de Stalin amenazan con destruir todo lo que los obreros y campesinos han conseguido, y dirigen toda su energía a poner todo el poder en manos de una dictadura del partido comunista-burgués, no lo hacen para servir a los intereses del proletariado, sino para favorecer los embates de la contrarrevolución y servir a los fines del capitalismo inglés y francés.

Lo que más temen los autócratas rusos y sus partidarios es que el éxito del socialismo libertario en España demuestre a sus ciegos seguidores que la tan cacareada «necesidad de una dictadura» no es más que un vasto fraude que en Rusia ha conducido al despotismo de Stalin y que hoy va a servir en España para ayudar a la contrarrevolución a triunfar sobre la revolución de los obreros y campesinos.

15. El avance de la contrarrevolución

Que después de una guerra victoriosa contra el fascismo, la historia española no volvería a empezar desde el punto en que la sorprendió el diecinueve de julio, estaba claro para todos los que tenían ojo para las realidades. Sólo los comunistas no querían verlo, no debían verlo, pues trabajaban al servicio de Rusia; pero Rusia se ocupaba de los negocios de sus aliados imperialistas. España había entrado en una revolución social.

Nadie podía suponer que los obreros y campesinos rebeldes, tras una conclusión exitosa de la guerra, se someterían pacientemente una vez más al viejo yugo y entregarían las conquistas sociales que habían comprado tan caro con la sangre de sus mejores. Por otro lado, sin embargo, nadie podía suponer que tras el fin de la guerra la burguesía española se abstendría de intentar recuperar lo que hubiera que recuperar. Que mientras las cosas estuvieran en este estado no todo marcharía bien era también evidente para todo el que pudiera ver. Cuanto más avanzara la gran transformación de la vida económica y social y pusiera a la agricultura y a la industria bajo el control de los trabajadores, más se vería la situación.

Cuanto más avanzara la gran transformación de la vida económica y social y pusiera la agricultura y la industria bajo el control de los sindicatos obreros, más difícil sería para los antiguos poderes de España volver a establecer las antiguas condiciones. Y esto era precisamente lo que más temían los capitalistas extranjeros y lo que trataban de impedir por todos los medios. Pero nadie les había prestado un servicio tan valioso en este asunto como el gobierno ruso y su instrumento, el Partido Comunista de España. Fueron ellos los que en todas partes pusieron las más graves dificultades a la actividad constructiva de los sindicatos obreros y los que hoy pretenden destruir

gratuitamente una obra de la mayor importancia para el desarrollo social del país.

En todos los lugares en los que los miembros de la U.G.T. eran auténticos obreros y campesinos, sus representantes trabajaban junto a los obreros de la C.N.T. en la gestión de las empresas industriales y agrícolas en la más perfecta armonía. Sólo allí donde los comunistas habían reunido a toda la pequeña burguesía en la U.G.T., como, por ejemplo, en Barcelona, buscaban mezquinamente y de forma despreciable, con el fin de preparar el camino para el retorno a las viejas condiciones capitalistas, anular mediante el sabotaje secreto o abierto la obra de socialización magníficamente concebida que la C.N.T. había iniciado.

Cuando la C.N.T. en Cataluña asumió el Ministerio de Defensa y a cambio entregó la responsabilidad del suministro de alimentos a la U.G.T., el ministro comunista, Comorera, emprendió todo tipo de trucos demagógicos para socavar el trabajo de los sindicatos y poner el control del suministro de alimentos para la ciudad de Barcelona en manos de los pequeños comerciantes minoristas y los intermediarios. Al mismo tiempo, los comunistas y la prensa burguesa libraban una guerra incesante contra la labor constructiva de la C.N.T. y la responsabilizaban de todos los males que sus propios representantes provocaban. Aunque no tenían suerte con las grandes masas, este trabajo sistemático de desintegración sirvió para envenenar a la opinión pública e inculcar en las filas del frente antifascista un espíritu que no podía sino operar de forma ruinoso. En enero de 1937 incluso organizaron en la pequeña ciudad de Faterell una revuelta contra la C.N.T., que en sí misma no tuvo mucha importancia, pero que demostró de lo que era capaz esta gente.

Tal vez se pueda objetar que nuestro relato se basa únicamente en los informes de la prensa del C.N.T. y que, por lo tanto, no es imparcial. Sin embargo, esto sería un grave error. Se encuentra esta misma opinión expresada incluso en aquellos periódicos cuyos directores, poco antes de la revuelta fascista, fueron rotundamente condenados por los comunistas como menchevistas y «traidores al proletariado.» Así, «Adelante», órgano del Partido Socialista en Valencia, escribió con amarga ironía, respecto a la traición de los estalinistas:

«Al estallar la revuelta fascista las organizaciones obreras y los elementos democráticos del país estaban de acuerdo en que la

llamada Revolución Nacionalista, que amenazaba con hundir a nuestro pueblo en un abismo de la más profunda miseria, sólo podía ser detenida por una Revolución Social. El Partido Comunista, sin embargo, se opuso a este punto de vista con todas sus fuerzas. Al parecer, había olvidado por completo sus viejas teorías de la «república obrera y campesina» y de la «dictadura del proletariado». De su constante repetición de su nueva consigna de la república democrática parlamentaria se desprende que ha perdido todo sentido de la realidad. Cuando los sectores católicos y conservadores de la burguesía española vieron que su antiguo sistema estaba destrozado y no encontraban ninguna salida, el Partido Comunista les infundió nuevas esperanzas. Les aseguró que la república democrática burguesa por la que abogaba no ponía obstáculos a la propaganda católica y, sobre todo, que estaba dispuesto a defender los intereses de clase de la burguesía.» (Adelante, 1 de mayo de 1937.)

Que esto no es decir demasiado lo demuestra el hecho de que la dirigente comunista «La Pasionaria», en Madrid, abogaba abiertamente por una alianza de la Juventud Comunista con las organizaciones juveniles católicas. El mismo periódico («Adelante») envió hace poco un cuestionario especial a los secretarios de todos los sindicatos obreros de la U.G.T. en diferentes partes del país, en el que, junto a otras preguntas, figuraban las dos siguientes

1. ¿Quién se opone a los colectivos campesinos?
2. ¿La labor del Partido Comunista en los distritos rurales es útil o perjudicial para las actividades de los sindicatos? El resultado de la encuesta fue el siguiente:

«Las respuestas a estas preguntas revelaron una asombrosa unanimidad. En todas partes la misma historia. Las colectividades campesinas son hoy las que más se oponen al Partido Comunista. Los comunistas que organizan a los campesinos acomodados demuestran que están a la búsqueda de mano de obra barata y que, por esta razón, son abiertamente hostiles a las empresas cooperativas de los campesinos pobres.

«Es el elemento que antes de la revolución simpatizaba con los fascistas y los monárquicos el que, según el testimonio de los representantes sindicales, se está pasando a las filas del Partido Comunista. En cuanto al efecto general de la actividad comunista

En cuanto al efecto general de la actividad comunista en el país, los secretarios de la U.G.T. sólo tenían una opinión, que el representante de la organización valenciana expresó con estas palabras: 'Es una desgracia en todo el sentido de la palabra'».

No cabe duda de que todas estas maquinaciones clandestinas contaron con el beneplácito de los ministros republicanos y comunistas de izquierda en el gobierno de Valencia. Esto se revela no sólo en el sabotaje deliberado de la nueva economía cooperativa en la ciudad y en el campo, sino también en el boicot sistemático del frente de Aragón por parte del gobierno central, en el que la embajada rusa en particular y, sin duda, sus colegas ingleses y franceses también, tuvieron una mano. En el frente de Aragón se encontraban la mayoría de las formaciones del C.N.T. Por ello se trató de evitar a toda costa, dotándolas de gran armamento. Durante meses el frente permaneció sin máquinas voladoras, tanques y artillería pesada. Sus defensores tuvieron que depender casi por completo de las armas de mano y de las ametralladoras, e incluso eran deficientes en éstas. Y sin embargo, una ofensiva en este mismo frente habría sido de la mayor importancia estratégica. No sólo habría podido evitar la caída de Bilbao, sino que habría aliviado en gran medida a los valientes defensores de Madrid. La prensa de la C.N.T. llevaba meses denunciando este escandaloso juego. Miguel

Martín Guillén, uno de los jefes militares de la C.N.T. en Aragón, llegó a hablar de traición descarada:

«¡Enviénnos armas, carros blindados, aviones, etc., y todo Aragón será nuestro! ¡Menos traición y mejor comprensión de la situación real! ¡Menos política y más acción, y Huesca, Teruel y Zaragoza caerán en nuestras manos! Ya no podemos soportar que nos condenen aquí a la inactividad forzada. Menos aún podemos soportar los ataques cobardes y solapados de ciertos círculos políticos, que nos reprochan nuestra inacción, cuya causa

conocen demasiado bien. Menos intrigas y más imparcialidad...»
(Orientaciones Nuevas, 22 de mayo de 1937.)

Es un hecho que mientras escribimos estas líneas, Franco, con gran superioridad técnica, ha abierto una ofensiva en Teruel, contra la que se han sacrificado inútilmente tropas enteras por carecer del gran armamento necesario para una resistencia exitosa. Pero a Inglaterra, Francia y Rusia les interesaba tan poco una victoria decisiva de los leales como una victoria de Franco. Y menos aún les convenía armar el frente de Aragón, donde la C.N.T. estaba más fuertemente representada. Y mientras el frente de Aragón era sistemáticamente boicoteado, la prensa comunista de los países extranjeros decía a sus lectores que los hombres de la C.N.T. no querían luchar, aquellos defensores del mismo frente donde una vez estuvo Durruti, al que habían llamado «el héroe del frente de Aragón».

16. El prelude de los acontecimientos de mayo en Cataluña

Cuando, antes de la caída de Bilbao, parecía que Franco iba a acceder a las propuestas de mediación de los diplomáticos anglo-franceses, éstos se preocuparon sobre todo de que el gobierno de Valencia se mostrara favorable a sus planes. Ya habían empleado todos los instrumentos de presión política con ese fin y, sin duda, habían encontrado oídos abiertos en ciertos círculos del antiguo gobierno. Pero Largo Caballero había aprendido, al menos, que acceder a los planes de Inglaterra y Francia equivaldría a traicionar abiertamente al pueblo español, y no estaba dispuesto a prestarse a ello. Por eso se negó a ceder a las presiones del exterior y acusó a sus oponentes republicanos y comunistas en el gobierno de «haber mostrado demasiada receptividad a las sugerencias de ciertos círculos exaltados más allá de los Pirineos.»

Esto fue suficiente para provocar la caída del gobierno de Caballero. De nuevo fueron los comunistas los que provocaron la crisis del gobierno de Valencia para ayudar a subir al gobierno de Negrín, un gobierno formado exclusivamente por republicanos burgueses, católicos, socialistas de derechas y comunistas, y que, por lo tanto, está demasiado inclinado a acceder a los deseos de los imperialistas extranjeros. Y de nuevo fue el embajador ruso

quien condicionó la ayuda de su gobierno al derrocamiento del gabinete de Caballero.

Que el nuevo gobierno, cuyo primer acto fue excluir de la representación a las dos grandes organizaciones obreras, la C.N.T. y la U.G.T., sirve abiertamente a los fines de la contrarrevolución lo han demostrado suficientemente los recientes acontecimientos en España y la persecución de los mejores luchadores del frente antifascista. Es significativo que en su primer manifiesto el nuevo gobierno anunciara que en interés de la guerra era particularmente «necesario que el actual gabinete tenga un carácter exclusivamente político.»

¡Claro! Sólo los políticos de la peor calaña pueden sacrificar los intereses del pueblo español a las pretensiones de los capitalistas extranjeros y robar a las masas trabajadoras los frutos de la revolución. Los comunistas, sin embargo, se prestaron fácilmente a estas propuestas reaccionarias y ofrecieron una fachada tras la cual los viejos poderes de la oscuridad esperan hoy su hora. Sobre esto «La Correspondencia», órgano de la U.G.T. en Valencia, comenta sarcásticamente:

«Casi da la impresión de que la U.G.T. y la C.N.T. juegan un papel muy poco importante en los asuntos de nuestro país. Sus miembros tienen derecho a hacer sus contribuciones y a morir en el frente como buenos compañeros. En todos los demás asuntos, sin embargo, deben dejar a los políticos una mano libre y permitirles que los lleven a donde quieran».

Pero incluso antes de que la reciente crisis del gobierno de Valencia llegara a su fin, se prepararon para dar un poderoso golpe a los trabajadores revolucionarios de la C.N.T.-F.A.I., para demostrar a las potencias capitalistas extranjeras que tenían la firme intención de poner fin a los esfuerzos de los sindicatos por la socialización. Como siempre, también esta vez, los estalinistas fueron el instrumento ejecutivo de los políticos burgueses profesionales y de los reaccionarios de clase media cuyas intenciones coincidían con las de los imperialistas extranjeros.

Que en los sucesos de mayo en Cataluña no se trata de una revuelta de los anarquistas y del P.O.U.M., como informó casi unánimemente la prensa extranjera, estaba claro para todos los que tuvieron siquiera una visión de las condiciones. La afirmación de que la C.N.T.-F.A.I., en alianza con el P.O.U.M.,

se proponía tomar todo el poder gubernamental en Cataluña era, de hecho, tan tonta que sólo podía impresionar a las personas que no tenían la menor idea de la situación real de esa provincia. Si la C.N.T.-F.A.I. hubiera tenido realmente tales planes, tuvo durante mucho tiempo, después del 19 de julio, la mejor oportunidad para llevar a cabo sus deseos, ya que su tremenda superioridad moral y física sobre todas las demás facciones era tal que sencillamente nadie habría podido resistirse a ellos. No lo hicieron, no porque les faltara la fuerza, sino porque se oponían a cualquier dictadura de cualquier lado que procediera.

Más de 120.000 miembros de la C.N.T.-F.A.I. luchaban en sus formaciones militares en todos los frentes. Un levantamiento en el interior habría sido una traición despreciable para estos hombres, que a cada instante arriesgaban sus vidas para impedir el avance de Franco y sus aliados. Además, la C.N.T. estaba representada en la Generalidad de Cataluña, y el pueblo no suele rebelarse contra un gobierno en el que él mismo participa. Todos los esfuerzos de la C.N.T. después del diecinueve de julio se centraron en ganar la guerra y la revolución. Fueron, con mucho, el factor más fuerte y sacrificado del frente antifascista, sin estar influenciados por ningún tipo de interés político partidista y teniendo en cuenta únicamente la liberación social de las grandes masas. Todo su comportamiento en la lucha desesperada contra las hordas del fascismo da un espléndido testimonio de ello y no puede interpretarse de otro modo.

No, los sucesos de Cataluña no fueron el resultado de una «conspiración anarquista y trotskista» contra el gobierno, sino de un largo y cuidadosamente preparado complot contra la clase obrera española en el que los comunistas y sus aliados, los nacionalistas catalanes, desempeñaron el papel más importante. La parte más importante, no la única, pues todos los elementos reaccionarios colaboraron en esta conspiración, desde los políticos comprometidos de Valencia y Barcelona hasta los círculos más exaltados de la diplomacia extranjera. Los planes se habían elaborado desde hacía meses, como demuestran claramente numerosos hechos indiscutibles.

Así, el 5 de marzo de 1937, apareció en el arsenal de Barcelona un grupo de hombres que, presentando una orden de Vallejo, el director de industrias de guerra, exigía la entrega de diez carros blindados. El superintendente del arsenal cumplió la orden. Más tarde, sin embargo, surgieron dudas y llamó por teléfono a Vallejo para preguntarle si había dado esa orden. Entonces

se reveló que todo era un fraude y que la firma de Vallejo había sido falsificada. Rápidamente se descubrió que los carros blindados estaban en el Cuartel Voroshilov, la sede militar del Partido Comunista. Al principio, ellos simplemente negaron el hecho allí. Pero cuando el primer ministro catalán, Tarradellas, intervino y amenazó con un registro por la fuerza, tuvieron que admitir el robo. ¿Cuál era el objetivo de este acto? Uno no roba carros blindados si no tiene la intención de utilizarlos. Pero, ¿contra quién más podrían haberse empleado en Barcelona si no es contra los trabajadores de la C.N.T. y la F.A.I.? Ningún ser humano que esté en posesión de sus cinco sentidos negará que uno sólo emprende un truco como ése si tiene algún plan especial en su mente.

Pero eso no es todo. «Pravda» informó ya el 22 de marzo que el P.O.U.M. estaba preparando un levantamiento contra el gobierno de Valencia. Se trataba, por supuesto, de una mentira deliberada y, además, de una mentira totalmente estúpida, pues el P.O.U.M. no era más que una pequeña organización que no tenía ninguna influencia en la gran masa de los trabajadores organizados. Pensar que un organismo así podía planear un levantamiento contra el gobierno es simplemente un insulto a la inteligencia humana. Pero en Rusia hasta la mentira más estúpida es bastante buena.

Pero no fue sólo en Rusia y en los círculos dirigentes de los comunistas españoles y del Estat Catalá donde la gente estaba tan sospechosamente bien informada sobre el próximo «levantamiento». En los círculos diplomáticos del extranjero también estaban en posesión de la mejor «información» posible sobre el asunto. Diego Abad de Santillán, que durante un tiempo que durante un tiempo ocupó el cargo de Ministro de Economía en el gobierno catalán y que es conocido en toda España y Sudamérica como uno de los hombres más honorables, cuya consideración de la verdad y sentido de la responsabilidad nadie puede poner en duda, poco después de los sucesos de Barcelona emitió la siguiente declaración, que habla por sí misma:

«No hay duda de que los recientes acontecimientos fueron el resultado de un complot deliberado, como nunca antes se había visto en la historia del movimiento social. Esto se desprende del hecho de que, dos semanas antes de que ocurrieran, se hablaba de ellos en los círculos diplomáticos extranjeros y se estaba preparado para su ocurrencia. Allí se hablaba abiertamente de que

ahora que la C.N.T.-F.A.I. se había visto obligada a abandonar las posiciones de liderazgo en Madrid y Valencia, los anarquistas de Cataluña iban a dar la batalla. Las mismas declaraciones se hacían en París por personas muy cercanas al gobierno catalán.

«¿Y cómo se explica, si no, la súbita llegada de buques de guerra extranjeros a nuestro puerto pocas horas antes del inicio de las hostilidades? ¿No es esa otra prueba de que estamos ante un plan determinado de antemano? Mucho antes de que se disparara el primer tiro en Barcelona, los cruceros ingleses y franceses se apresuraban hacia el puerto como si tuvieran un presentimiento profético de las cosas que se avecinaba. Si se tiene en cuenta todo esto, uno se pregunta cuánta fe en el triunfo de la causa antifascista existe todavía entre esa gente que invoca la protección extranjera contra los trabajadores de su propio país». (Solidaridad Obrera, 13 de mayo de 1937.)

Los sangrientos sucesos de Barcelona no fueron más que el último de una larga serie de inauditos actos de provocación que tenían como único objetivo incitar a la C.N.T. y a la F.A.I. a la represalia, para luego poder endilgarles la responsabilidad moral de las inevitables consecuencias.

Así, el gobierno de Valencia, con toda tranquilidad, organizó una tropa especial de agentes de la renta, los carabineros, compuesta en su totalidad por comunistas y socialistas de derecha. En abril de este año, una parte de esta tropa fue enviada repentinamente a Cataluña para ocupar la frontera francesa, que hasta entonces había sido vigilada por las milicias obreras de la C.N.T., que velaban por la seguridad pública en todas partes con una puntilliosidad intachable. Este acto, que ni siquiera tenía justificación legal, sólo puede interpretarse como una provocación dirigida contra la C.N.T.

El 27 de abril, los carabineros, sin motivo alguno, provocaron un enfrentamiento con los vecinos de la pequeña ciudad de Puigcerda, cuya población estaba formada exclusivamente por anarquistas, en el transcurso del cual Antonio Martín, presidente del Ayuntamiento, y dos compañeros de la C.N.T. fueron fusilados por los separatistas catalanes.

La ciudad era conocida por sus ejemplares disposiciones económicas y políticas, que incluso habían sido muy elogiadas en varias ocasiones por corresponsales de periódicos extranjeros. Aun así, la C.N.T., incluso esta vez, no

se dejó arrastrar por las represalias, ya que era muy consciente de la enorme responsabilidad que recaía sobre sus hombros. Si, además de todo esto, se tienen en cuenta las continuas crisis en el gobierno catalán que estaban siendo provocadas por los comunistas, se comprende enseguida que la supuesta «revuelta de los trotskistas y los anarquistas» en Cataluña era en realidad un asalto bien planificado de la contrarrevolución, con el que se pretendía derribar el baluarte más fuerte del movimiento obrero español y despejar el campo para los planes de los imperialistas extranjeros.

17. Los sucesos de mayo en Cataluña

La causa inmediata de los sucesos de Cataluña fue un acto abiertamente provocador del ministro de Seguridad Pública, Artemio Aiguadé, miembro de los separatistas catalanes, que había asumido este cargo en el recién formado gabinete sólo unas semanas antes. A las tres de la tarde del 3 de mayo, el comisario Rodríguez Salas, miembro del P.S.U.C. comunista, se presentó con una fuerte división de policía en la central telefónica de Barcelona y declaró categóricamente que tenía órdenes de Aiguadé de ocupar el edificio. La central telefónica, como la mayoría de los demás edificios públicos de la ciudad, estaba bajo el control de la C.N.T. y la U.G.T., junto con un delegado oficial de la Generalidad, y este estado de cosas había sido reconocido por el gobierno desde hacía tiempo.

Por ello, cuando los trabajadores protestaron, Salas ordenó a sus hombres que los desarmaran por la fuerza. En el primer piso la suerte le acompañó en esto, porque los trabajadores fueron simplemente tomados por sorpresa. En el segundo piso, sin embargo, se encontró con la enérgica resistencia de los hombres de la C.N.T.. Los disparos se produjeron en ambos lados, y la policía no pudo abrirse paso más allá. Mientras tanto, una gran multitud de gente se había reunido en la calle, atraída por los disparos. La excitación general, sin embargo, alcanzó su punto álgido cuando hombres armados del P.S.U.C. aparecieron de repente en las calles adyacentes y comenzaron a levantar barricadas. Un clamor se elevó entonces por toda la ciudad y se extendió rápidamente a los suburbios más alejados: «¡Traición! ¡Traición! ¡A las armas! Hay que defender la Revolución!»

Todo esto ocurrió de forma bastante espontánea. Los trabajadores sintieron que se había organizado un asalto malicioso contra ellos y se prepararon resueltamente para defenderse sin esperar la decisión de sus organizaciones. En un abrir y cerrar de ojos, los suburbios se convirtieron en atrincheramientos armados. Desde el principio quedó claro que el conjunto de los trabajadores organizados estaba del lado de la C.N.T., al igual que en julio de 1936. Tan fuerte fue la resistencia general en los suburbios de Barcelona que la policía, en su conjunto, permaneció neutral; igualmente la milicia republicana, e incluso la comunista, como, por ejemplo, los soldados del cuartel comunista de Sarria. En muchas secciones se pasaron directamente al pueblo, como en Sans y San Gervasio hizo la Guardia de Asalto. En Sans los obreros tomaron cuatrocientos prisioneros de la Guardia Civil y los retuvieron en el cuartel de la C.N.T. Es característico que estos y todos los demás prisioneros tomados por los trabajadores fueron liberados rápidamente cuando los de los combates, mientras que los miembros conocidos de la C.N.T. que cayeron en manos del otro bando fueron asesinados cobardemente.

Sólo en el corazón de la ciudad, en el sector donde residía la vieja clase media, los comunistas y sus aliados siguieron siendo dueños de la situación; e incluso allí sólo porque los obreros desde el principio se limitaron estrictamente a la defensa y no hicieron ataques directos, como podrían haber hecho fácilmente. El Comité Regional de la C.N.T. se preocupó sobre todo de poner fin a los combates y de impedir que se extendieran a otros sectores del país. Las delegaciones se apresuraron a dirigirse al Primer Ministro Tarradellas y al Ministro del Interior Aiguadé y exigieron la retirada de las bandas de policía. Se les aseguró que no se había dado ninguna orden de ocupación de la central telefónica. Esto era una mentira manifiesta, ya que posteriormente se comprobó que Aiguadé había dado la orden a Salas. Poco antes del estallido de las hostilidades, un operador de C.N.T. de la central había recogido un telegrama que iba dirigido a un conocido político separatista catalán en Francia y que constaba de las siguientes palabras: «Estic bé. Tot marxa». (Estoy bien. Todo va bien.) El Comité Regional tuvo, pues, la certeza de que se había producido aquí no sólo un desafortunado malentendido, sino un ataque bien planificado contra los trabajadores organizados con el fin de expulsar a los representantes de la C.N.T. de la Generalidad y destruir sangrientamente su organización. Esta convicción estaba muy bien justificada, ya que, según se supo más tarde, las mismas cosas estaban ocurriendo en

otras ciudades catalanas y se estaban gestionando de la misma manera. El comité se encontró en una posición difícil. Sus miembros eran conscientes de que la propagación del conflicto supondría un duro golpe para la causa antifascista. Por otra parte, no podían esperar que los trabajadores se dejaran masacrar tranquilamente por una banda cobarde de conspiradores. Por ello, el comité concentró desde el principio sus esfuerzos en la defensa, y exigió al gobierno la destitución inmediata de Aiguadé y Salas, restableciendo así la paz lo más rápidamente posible. Cuando el gobierno vaciló, se proclamó la huelga general, de la que sólo quedaron exentos los trabajadores dedicados a las industrias de guerra. Esto no es sino una prueba más del gran sentido de la responsabilidad que animaba a las clases trabajadoras de Barcelona. Si el gobierno hubiera aceptado esta exigencia demasiado razonable, la paz se habría restablecido en pocas horas, pues los obreros no tenían ciertamente nada que ganar matándose unos a otros. Los comunistas y los separatistas, con sus tácticas disruptivas

Los comunistas y los separatistas prolongaron las negociaciones, agravando inútilmente la situación.

En los suburbios prácticamente no se produjeron combates. En Sans, Hostafranchs, San Gervasio, etc., los obreros se limitaron a desarmar a la policía y a la Guardia Civil y se preocuparon únicamente de su propia defensa. Mientras tanto, la C.N.T. y la F.A.I. emitieron llamamientos a la población informando del verdadero estado de las cosas y pidiéndoles que pusieran fin a los combates. En un llamamiento a la policía dicen:

«La C.N.T. y la F.A.I. están en contra de toda forma de dictadura, y no tienen intención de imponer su propia dictadura a los demás. Mientras nuestros adherentes vivan, nunca se someterán a una dictadura. Luchamos contra el fascismo, no porque nos guste luchar, sino porque queremos asegurar la libertad del pueblo; porque queremos impedir el regreso de aquellas fuerzas que sólo buscan masacrar a los trabajadores militantes y establecer la explotación del pueblo. Y luchamos contra todos aquellos que, sin llamarse fascistas, quieren establecer un sistema de absolutismo que está en contradicción con todas nuestras tradiciones y con la historia de nuestro pueblo.»

Y en un manifiesto dirigido a los trabajadores organizados de todas las facciones, leemos:

«¡Hombres y mujeres del pueblo! ¡Trabajadores y trabajadoras! Os hablamos con franqueza y honestidad, como siempre hemos hecho. No somos responsables de lo que ocurre hoy. No atacamos a nadie, sólo nos defendemos. Nosotros no empezamos esta lucha, ni la provocamos. Sólo respondemos a las acusaciones, a las calumnias y a la violencia que se pretende ejercer sobre la C.N.T.-F.A.I., los luchadores irreconciliables del frente antifascista.

«Nunca hemos ocultado nuestros objetivos y hemos dado suficientes pruebas de nuestra valía. ¿Por qué quieren exterminarnos? ¿No es sospechoso que nos ataquen aquí mientras nuestras formaciones en Madrid, en Andalucía, en Vizcaya y en Aragón dan constantemente nuevas pruebas de su valor y de su fuerza? ¡Trabajadores de la C.N.T. y de la U.G.T.! ¡Recordad el camino que hemos recorrido juntos! ¡Cuántos hemos caído cubiertos de heridas, en las calles abiertas y en las barricadas! ¡Dejad las armas! ¡Recordad que sois hermanos! Venceremos si estamos unidos. Si luchamos entre nosotros estamos condenados a la derrota».

Ese no es el lenguaje de los conspiradores, sino de los hombres que reconocieron su responsabilidad, y que fueron atacados cobardemente porque con una fidelidad inquebrantable defendieron la libertad del pueblo español.

Cuando los milicianos de la C.N.T. en el frente de Aragón tuvieron noticia de los sucesos de Cataluña, enviaron sin demora a Barcelona a uno de sus mejores combatientes, Jover. Estaban dispuestos a acudir inmediatamente en ayuda de sus hermanos traicionados. El Comité Nacional de la C.N.T. lo impidió. Esa no era ciertamente la conducta de los hombres que tenían el propósito de derrocar al gobierno y ponerse en posesión exclusiva del poder público. El 4 de mayo llegaron desde Valencia delegados del Comité Nacional de la C.N.T. y de la U.G.T. para ayudar a restablecer la paz. El 5 de mayo el gobierno decidió por fin un armisticio. Aiguadé y Salas fueron destituidos de sus cargos. El antiguo gobierno se retiró y se formó uno nuevo en el que tenían asiento un representante de la C.N.T., otro de la U.G.T., otro de

los republicanos de izquierda y otro de los pequeños agricultores. Pero, aunque tras la decisión del armisticio los obreros retiraron sus barricadas en los suburbios, los comunistas no dejaban de provocar nuevos enfrentamientos en el corazón de la ciudad, ya que sin duda habían sido informados de que el gobierno de Valencia había decidido intervenir. Así, una división de la Guardia Civil, después de que los sindicatos de la C.N.T. hubieran cesado ya los combates, atacó repentinamente el cuartel de las Juventudes Libertarias. Las Juventudes defendieron su casa con un sombrío desprecio por la muerte y, al hacerlo, perdieron a seis de sus mejores camaradas.

De este modo, la C.N.T.-F.A.I., mientras las negociaciones para un armisticio estaban todavía en curso, perdió a varios de sus mejores camaradas, todos ellos asesinados por los asesinos estalinistas. En la tarde del 5 de mayo, los dos anarquistas italianos, Berneri y Barbieri, fueron detenidos por los comunistas, y durante la noche siguiente ambos fueron fusilados. Camillo Berneri era una de las mentes más brillantes del movimiento libertario de Italia, un hombre de carácter intachable y de amplia visión política. Siendo un joven profesor de la Universidad de Camarino, había abandonado Italia tras la llegada de Mussolini al poder y desde entonces había vivido en el extranjero como refugiado político. Inmediatamente después del 19 de julio de 1936, se dirigió a Barcelona y formó la primera tropa libre italiana para la guerra contra el fascismo. Su clara visión reconoció rápidamente el ambiguo papel del gobierno ruso y advirtió a sus camaradas españoles del peligro que se avecinaba. En la revista «Guerra di Classe», que dirigía, publicó un artículo titulado «Burgos y Moscú», en el que ponía al descubierto las maquinaciones subterráneas de los estalinistas, de modo que el embajador ruso en Barcelona presentó una protesta contra él. Después, los agentes de Moscú le odiaron de corazón, y pagó su artículo con su joven vida, víctima de un cobarde asesinato.

Y en aquellos sangrientos días Domingo Ascaso también cayó por la mano de un asesino. Era hermano de Francisco Ascaso, uno de los primeros en perder la vida en la batalla contra los fascistas el 19 de julio, y durante mucho tiempo amigo íntimo de Durruti. También fue asesinado el sobrino de Francisco Ferrer, que había regresado del frente, herido, poco antes. Todavía caminaba con una muleta y acompañaba a su madre por la calle cuando fue abatido ante sus ojos por unos cobardes matones asesinos. Estos son sólo algunos nombres de una larga lista de personas que fueron maliciosamente

masacradas en ese tiempo. Quinientos muertos y mil quinientos heridos; esa es la sangrienta auditoría que los trabajadores organizados de Barcelona tienen que agradecer a la política de Stalin. Y todo eso -lo repetimos- porque el gobierno ruso tiene que mostrarse bien dispuesto hacia el imperialismo anglo-francés; porque Rusia ha traicionado despectivamente la causa de los obreros y porque Rusia ha traicionado despectivamente la causa de los obreros y los campesinos en España, y sus partidarios están en el campo de la contrarrevolución.

Si los agentes de Stalin y sus aliados, los separatistas catalanes, no han conseguido todavía llevar a cabo sus oscuras conspiraciones contra los obreros organizados de Cataluña, ello se debe únicamente a la decidida resistencia de esos obreros, que no permitieron tranquilamente que los elementos sin conciencia destruyeran gratuitamente el trabajo de su vida y rompieran su movimiento.

18. Antes de los acontecimientos venideros

Una cosa, sin embargo, han conseguido los seguidores de Stalin en España. Han destrozado el frente antifascista y han entregado Cataluña al gobierno de Negrín. Para lograr este fin se han aliado con los elementos más reaccionarios del antiguo régimen, de los cuales un gran número no son más que fascistas disfrazados. Cuando el 19 de julio del año pasado los obreros organizados de Barcelona sofocaron la revuelta fascista y tomaron la tierra y las fábricas bajo su propia gestión, muchas de esas personas que ahora están del lado de los comunistas abandonaron España a toda prisa y se refugiaron en el extranjero; antes que todos los demás, el líder de los separatistas catalanes, el señor Dencás, que fue muy significativo, huyó a Roma, para luego ayudar a los estalinistas a organizar el «levantamiento» en Barcelona.

En junio de este año, el Comité Nacional de la C.N.T. en Valencia emitió un comunicado público sobre los sucesos de Barcelona, en el que se ponían al descubierto las actividades clandestinas de esta gente, y se demostraba, mediante una larga lista de hechos asegurados, que muchos de los dirigentes destacados del Estat Catalá, como Aiguadé, Dencás, Casanovas, Lluhi Vallesca, Ventura Cassols, Sancho Xicotta y muchos otros mantenían conexiones

secretas con los círculos fascistas de Francia. En esta acusación abierta el comité declaró:

«Asumimos toda la responsabilidad de cada palabra que se dice aquí. Nadie podrá discutir estos hechos. Los casos individuales que citamos aquí se basan en información fidedigna y son el resultado del conocimiento exacto del verdadero estado de cosas.»

Ninguna de las personas tan gravemente acusadas ha intentado hasta ahora mitigar la fuerza de esta acusación pública del Comité Nacional de una organización que cuenta con más de dos millones de miembros en España. Pero esto no afecta en absoluto a los dirigentes del Partido Comunista en España y a sus impulsores rusos. Ellos tienen una misión definida del gobierno ruso que cumplir, y cualquiera que sea útil en esto es bienvenido para ellos. Y después de los sucesos de Cataluña no cesaron en su ruinosa labor, que tenía como primer objetivo forzar la salida de la C.N.T. de la Generalidad de Cataluña. Cómo lo están llevando a cabo lo demuestra la siguiente circular secreta del Comité Central del Partido Comunista de España a sus agentes en Cataluña:

«Crisis. Provocación de la misma. Motivos: Podemos confiar en el aspecto transitorio del actual gobierno. Pero nuestro partido exige la presidencia. El nuevo gobierno mostrará las mismas características que el gobierno de Valencia; un gobierno fuerte, un gobierno de «Frente Popular», cuya misión principal será fomentar el deseo de paz en la mente del pueblo y pedir cuentas a los instigadores de la reciente contrarrevolución. (Los sucesos de Barcelona son significativos. – Autor.) A la C.N.T. se le permitirá participar en este gobierno, pero bajo tales condiciones que se sentirá obligada a rechazar la cooperación. Entonces podremos representarnos como los que desean cooperar con todas las facciones. Si de ello se derivan ciertos inconvenientes, no caerán sobre nosotros, sino sobre los que en otras ocasiones han estado en la misma situación.»

Este documento secreto fue publicado en Madrid por el diario «CNT» el mismo día en que los comunistas de Cataluña provocaron la reciente crisis

gubernamental, con el resultado, además, de que la C.N.T. retiró a sus representantes del gobierno. Comentar esta infamia es superfluo.

Por el momento, la reacción avanza en España. La prensa está sometida a una censura intolerable. Cientos de los mejores luchadores del frente antifascista languidecen en las cárceles. La disolución del P.O.U.M. y la detención de sus dirigentes fue el primer golpe. Y mientras el gobierno reaccionario de Negrín no deja de intentar para fortalecerse internamente, siguen apareciendo en la prensa extranjera rumores cada vez más insistentes sobre los esfuerzos de Franco por acercarse a Inglaterra y Francia. Periódicos de fama mundial como el «Tems» de París, el «New York Times» y el «The Daily Herald» de Inglaterra han insinuado repetidamente durante las últimas semanas que Franco está pensando en adoptar un nuevo rumbo en su política exterior y tiene la intención de separarse de sus antiguos aliados, Alemania e Italia. El «Manchester Guardian», del 13 de julio, pudo informar de que los agentes de Franco en Londres y París están tratando activamente de conseguir un préstamo allí. El periódico habla de una suma entre veinticinco y cincuenta millones de libras esterlinas y comenta: «No se sabe si estas negociaciones han tenido éxito hasta ahora».

Que durante un tiempo considerable se ha estado negociando para poner fin a la guerra en España mediante un compromiso en la primera oportunidad adecuada está fuera de toda duda. Los repentinos avances de Inglaterra hacia Italia también apuntan a ello. Según un informe de la agencia internacional de noticias «Cosmos», el Primer Ministro belga, Van Zeeland, también está desempeñando un papel importante en estos procedimientos entre bastidores. Que el gobierno de Negrín, que fue creado por la presión directa de Inglaterra, Francia y Rusia, tiene conocimiento de todas estas cosas es una cuestión natural. Si se tiene en cuenta todo esto, las verdaderas causas de los sangrientos acontecimientos de mayo en Barcelona son mucho más fáciles de entender.

Por otra parte, sin embargo, la sangrienta reacción del gobierno de Negrín, que está enteramente bajo el control de Rusia y de sus aliados imperialistas, ha efectuado una gran transformación interna, que se hace cada día más evidente. El ala izquierda del Partido Socialista, bajo el mando de Largo Caballero, que hoy es combatida por los agentes de Rusia con la misma acritud que la C.N.T., se alinea ahora bruscamente contra las traicioneras labores de desintegración de los comunistas y su séquito burgués. La enorme

mayoría de la U.G.T. está de este lado y está a punto de formar una alianza revolucionaria con la C.N.T. para la defensa de las conquistas de la revolución. «La U.G.T. de Cataluña no es nuestra U.G.T., es la U.G.T. de España», declaró Hernández Zancajo, uno de los más destacados dirigentes de la U.G.T., y las palabras fueron secundadas con estruendo por los hombres de lucha del movimiento.

Sin embargo, a pesar de todas las maquinaciones reaccionarias del gobierno, la C.N.T., junto con la F.A.I. y la Juventud Libertaria, está consiguiendo importantes logros en todos los sectores del país. Los obreros y los campesinos no piensan entregar sus conquistas sociales a la reacción y se preparan para defenderlas. Lo que la reacción monárquica no consiguió en setenta años, el despotismo de Stalin y sus agentes españoles tampoco lo conseguirán. Un movimiento que está tan profundamente imbricado en la vida del pueblo español y que constituye una de las partes más importantes de esa vida, no puede ser estrangulado por los métodos de la Cheka rusa.

El gobierno de Negrín intenta, con todos los recursos de una censura despiadada, que está completamente en manos de sus capataces rusos, mantener estos asuntos fuera del conocimiento de los extranjeros. Pero ni siquiera eso consiguen. La misteriosa desaparición del líder del P.O.U.M., Andrés Nin, que el gobierno silenció durante semanas, ha despertado una tormenta de indignación. Nin, que tras los sucesos de mayo en Barcelona fue detenido junto a otros dirigentes de su partido y trasladado a Valencia y de allí a Madrid, se ha esfumado sin dejar rastro. El gobierno declaró en un primer momento que se había escapado de sus guardias, pero nadie en España se cree ese cuento. Por el contrario, en todas partes están convencidos de que fue asesinado por chekistas rusos, ya sea de camino a Madrid o en la propia ciudad. Incluso en el campo de los republicanos burgueses empiezan a resentirse de la tutela rusa, que se hace cada vez más insoportable a medida que pasa el tiempo. El asunto Nin ha suscitado incluso en estos sectores protestas que antes no se esperaban. Se están cansando de ser los pupilos de una turba cobarde, para la que cualquier crimen es bueno siempre que sirva a los fines de Moscú.

España se enfrenta hoy a una nueva decisión. Lo sienten en ambos lados; porque la situación actual es insoportable y no puede sino conducir a una catástrofe segura.

Durante doce meses un pueblo valiente ha sido sacrificado a los intereses egoístas de los ladrones imperialistas y sus secuaces rusos. Ya es hora de que el mundo libertario lo comprenda y despierte al hecho de que el destino de España será el destino de Europa. Nunca un pueblo ha luchado más heroicamente por su libertad. Nunca un pueblo ha sido más traicionado por enemigos abiertos y secretos. La gran tragedia de España es que hasta ahora ha sido tan poco comprendida: la historia de los sufrimientos de un pueblo que se desangra por mil heridas y sigue sin abandonar la lucha, porque sabe que lleva en su seno el precioso crecimiento de la libertad y la dignidad humana del que depende el futuro de todos nosotros.

Rudolf Rocker
Nueva York, agosto de 1937.

Biblioteca anarquista
Anti-Copyright



Rudolf Rocker
La Tragedia de España
1937

The Tragedy of Spain. Recuperado desde Libértame
Johann Rudolf Rocker (25 de marzo de 1873 – 19 de septiembre de 1958) fue un escritor y activista anarquista alemán. Texto impreso en los EE.UU por FREIE ARBEITER STIMME, 45 West 17th Street Nueva York, en octubre de 1937. Traducido por Libértame en abril de 2022. Editado por La Conquista del Panda en abril de 2026 bajo licencia CC BY-NC-SA 4.0.

es.anarchistlibraries.net